

MÁSCARA DEL ALMA



SALVADOR RANGEL ABUD

MÁSCARA DEL ALMA

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS Londres, finales del siglo XIX. El Teatro Imperial respira el aire pesado de las ilusiones bien vestidas. En sus camerinos vive Plankett, el comediante más brillante de su generación: el hombre que hace reír a toda la ciudad mientras carga en privado el vacío más absoluto que haya sentido un ser vivo. Un virtuoso de la falsedad, un maestro del artificio, un espejo que brilla solo cuando alguien lo mira.

Cuando el Dr. Whitmore, médico de las enfermedades del alma, le revela que su naturaleza no es una enfermedad sino una forma distinta de ser humano, Plankett se enfrenta a la paradoja más incómoda de su vida: que solo siendo completamente falso puede ser completamente auténtico. Que su máscara no oculta su rostro, sino que es su rostro.

Lo que sigue es el retrato de un hombre que ha perfeccionado el arte de existir a través de otros, que ha vendido su alma por el aplauso con plena conciencia del precio, y que una noche decide —por primera y última vez— salir al escenario sin personaje, sin vestuario, sin la protección de ninguna ficción. Solo el actor desnudo ante el público que durante décadas lo creyó conocer.

Narrada con la elegancia melancólica de la prosa victoriana y la precisión de quien conoce desde adentro los mecanismos del espectáculo, *Máscara del Alma* es una meditación sobre la identidad, el artificio y la pregunta que ningún espejo puede responder del todo: ¿quién es el hombre detrás del hombre que todos ven?

ADVERTENCIA DE CONTENIDO Esta novela transcurre en el Londres victoriano y contiene melancolía de alta densidad, paradojas filosóficas sobre la autenticidad y el artificio, un médico que diagnostica con más precisión que misericordia, y un protagonista cuya relación con la verdad es tan compleja que hace que la mentira parezca la opción más honesta disponible. No contiene violencia. Sí contiene la clase de preguntas sobre la identidad que permanecen después de cerrar el libro, especialmente a ciertas horas de la noche.

SOBRE EL AUTOR Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias por el Instituto Nacional de Salud Pública, además de escritor aficionado.

Máscara del Alma forma parte de una serie de novelas que transcurren fuera de México —junto a *El juicio de Miss Appleby* (Boston), *El misterio de Tarragona* (España), *Tetrodotoxina para el corazón* (Alemania) y *Niebla en la mente* (Argentina), entre otras— construidas desde la lectura profunda, la investigación específica y una imaginación

geográfica que demuestra que el conocimiento de un lugar no requiere haberlo pisado, sino haberlo habitado por dentro.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: Máscara del Alma

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Novela psicológica / Drama victoriano / Ficción filosófica

Extensión: ~21,100 palabras aproximadamente

Estructura: Prólogo + 10 capítulos + Epílogo

Ambientación: Londres, finales del siglo XIX

Idioma: Español Año de publicación: 2026

Plataforma: Internet Archive — Acceso abierto

Contacto: wrangel.1352@gmail.com

NOTA DEL AUTOR Esta novela nació de una pregunta que el teatro ha hecho desde sus orígenes y que la psicología moderna no ha terminado de responder: ¿dónde termina la persona y dónde empieza el personaje? ¿Es posible que para algunos seres humanos esa frontera no exista, no porque estén rotos, sino porque están contruidos de otra manera?

Plankett no es un caso clínico. Es una posibilidad humana: la del hombre cuya autenticidad solo puede expresarse a través del artificio, cuya verdad más profunda solo emerge cuando está fingiendo. Lo que el Dr. Whitmore le ofrece no es una cura sino un reconocimiento, y ese reconocimiento —tardío, incómodo, liberador— es el verdadero corazón de la novela.

El escenario victoriano no es un capricho estético. Es el único mundo donde esta historia podía ocurrir: un mundo que exigía máscaras sociales tan elaboradas que la diferencia entre el hombre real y el hombre público se volvía filosóficamente irresoluble.

LICENCIA Esta obra se publica bajo la licencia Creative Commons:

Salvador Rangel Abud © Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de compartir y distribuir esta obra en cualquier medio o formato, siempre que se otorgue crédito apropiado al autor, no se utilice con fines comerciales y no se generen obras derivadas sin autorización expresa. Más información: creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0

PALABRAS CLAVE Londres victoriano · identidad · artificio · teatro · máscara · autenticidad · novela psicológica · drama · spleen · melancolía

· ficción filosófica · novela en español · actor · desdoblamiento · siglo XIX
· México

TEMAS PRINCIPALES La novela no trata sobre la falsedad como vicio sino sobre el artificio como forma legítima de ser. A lo largo de sus diez capítulos, *Máscara del Alma* explora la paradoja de la autenticidad en una persona cuya naturaleza es esencialmente teatral, la relación entre identidad pública e identidad privada en una sociedad que exige coherencia entre ambas, el vacío como precio del aplauso y el aplauso como única forma disponible de existir, el diagnóstico médico como espejo más preciso que el de cristal, y el último acto como acto de desnudez radical, no de muerte sino de reconocimiento. Plankett no es un hombre que se pierde en su máscara: es un hombre que finalmente acepta que la máscara y el rostro son la misma cosa, y que esa aceptación, tardía y costosa, es la única forma de libertad que le estaba disponible.

CITAS DESTACADAS "La transparencia es el lujo más costoso del mundo. Solo los muy ricos o los muy desesperados pueden permitírsela."

"El misterio es el último refugio de la elegancia. Un hombre sin secretos es como un libro sin páginas en blanco: técnicamente completo, pero espiritualmente agotado."

"Solo siendo completamente falso puede usted ser completamente auténtico."

"He vivido como un espejo. Brillando solo cuando alguien me mira. Reflejando pasiones ajenas, repitiendo emociones robadas. ¿Y saben qué es lo peor de ser un espejo? Que uno acaba por olvidar su propia forma."

"No busco redención. La redención es para los que creen en el pecado. Yo creo en el arte. Y el arte, como el amor verdadero, no redime: revela."

"Recuerda: que tu alma sea tan bella como la máscara que has elegido."

COMPARACIONES LITERARIAS Los lectores familiarizados con las siguientes obras encontrarán en *Máscara del Alma* un territorio narrativo cercano, aunque con la voz inconfundible de su autor.

Oscar Wilde (*El retrato de Dorian Gray*, *De Profundis*): la belleza como trampa moral, el artificio como forma de vida y el precio que cobra la sociedad victoriana a quien no encaja en sus categorías. Robert Louis Stevenson (*El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*): la dualidad de la identidad y la imposibilidad de sostener indefinidamente dos versiones de uno mismo. Henry James (*Los embajadores*, *Las alas de la paloma*): la psicología de la percepción, la distancia entre lo que los personajes creen ser y lo que realmente son. Arthur Schnitzler (*La ronda*, *El teniente*

Gustl): el monólogo interior como forma de revelar lo que la conducta social oculta.

Dentro de la narrativa de Salvador Rangel Abud, esta novela ocupa el espacio de la exploración psicológica en clave histórica: donde otras obras suyas trabajan la burocracia mexicana o la medicina contemporánea, *Máscara del Alma* lleva la misma mirada clínica hacia el interior de un hombre del siglo XIX para descubrir que las preguntas sobre identidad y autenticidad no tienen fecha de caducidad.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN ¿Es Plankett un hombre enfermo o simplemente un hombre diferente? ¿Cambia su respuesta a lo largo de la novela?

El Dr. Whitmore le dice que su naturaleza no se cura sino que se acepta. ¿Es eso un consuelo o una condena?

Plankett afirma que sus emociones fingidas son más verdaderas que sus emociones reales. ¿Cree usted que eso es posible, o es solo otra máscara más sofisticada?

El último acto es descrito simultáneamente como una confesión, una expiación y un desnudamiento. ¿Cuál de las tres le parece más precisa?

Plankett desaparece sin que nadie sepa con certeza qué fue de él. ¿Por qué cree que el autor eligió ese final abierto en lugar de uno definitivo?

¿Conoce usted a alguien —real o literario— cuya autenticidad solo pueda expresarse a través del artificio? ¿Qué le dice eso sobre la naturaleza de la identidad?

CÓMO CITAR ESTA OBRA APA: Rangel Abud, S. (2026). *Máscara del Alma*. Internet Archive. <https://archive.org>

MLA: Rangel Abud, Salvador. *Máscara del Alma*. Internet Archive, 2026.

Chicago: Rangel Abud, Salvador. *Máscara del Alma*. Internet Archive, 2026.

CONTACTO Y OTRAS OBRAS Correo electrónico:
wrangel.1352@gmail.com

Salvador Rangel Abud es autor de más de cincuenta novelas publicadas. Su obra abarca el thriller científico, la novela de neurodiversidad, la comedia negra, la ficción especulativa, la sátira política, la crónica costumbrista, la fábula ética, la comedia eclesiástica y —como demuestra esta entrega— el drama psicológico de ambientación histórica europea. Todas sus obras de acceso abierto se encuentran disponibles en Internet Archive bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0. Para solicitudes de reseña, colaboración editorial o derechos de traducción, contactar directamente al autor por correo electrónico.

MENSAJE FINAL Hay una pregunta que *Máscara del Alma* no responde, pero que formula con claridad creciente a lo largo de sus páginas: ¿qué le debemos a nuestra propia autenticidad cuando esa autenticidad resulta incomprensible para quienes nos rodean?

Plankett paga un precio enorme por ser exactamente lo que es. No porque sea malvado ni porque elija deliberadamente el engaño, sino porque su forma de verdad no cabe en las categorías que el mundo victoriano —y cualquier mundo— tiene disponibles para clasificar a las personas. El artificio no es su debilidad: es su idioma. Y como todos los que hablan un idioma que pocos entienden, vive en una soledad que no es tristeza sino distancia.

El último acto no es una derrota. Es el único momento en que Plankett decide hablar en su propio nombre, sin traducción, sin intermediarios, sin el escudo cómodo del personaje. Y esa decisión —tardía, costosa, hermosa— es lo que hace que la novela permanezca después de terminarse.

Porque todos llevamos una máscara. La pregunta que Plankett nos obliga a hacernos es si la nuestra es tan bella como el rostro que oculta.

© 2026 Salvador Rangel Abud · CC BY-NC-ND 4.0 ·
wrangel.1352@gmail.com · Internet Archive

ÍNDICE

Prólogo: El Retrato de un Cómic

Capítulo 1: El Divino Arte de la Comedia

Capítulo 2: La Sociedad del spleen

Capítulo 3: El Espejo de Narciso

Capítulo 4: La Consulta al Doctor Faustus

Capítulo 5: La Revelación del Secreto

Capítulo 6: La Paradoja de la Máscara

Capítulo 7: El Cementerio de los Sueños

Capítulo 8: La Sonrisa de la Medusa

Capítulo 9: El Carnaval de las Vanidades

Capítulo 10: El Último Acto

Epílogo: El Cuadro Sin Retoque

MASCARA DEL ALMA

*—El arte es la mentira que
nos permite comprender la verdad.—
- Oscar Wilde*

Prólogo

El Retrato de un Cómico

En el salón de Lord Pemberton, entre tapices persas y candelabros de cristal de Bohemia, cuelga un retrato que ha desconcertado a tres generaciones de visitantes. Es la obra de Whistler, pintada en aquel memorable otoño de 1884, cuando el maestro americano decidió capturar no solo el rostro sino el alma de Plankett, el gran actor cómico de la Inglaterra victoriana.

El lienzo muestra a un hombre de mediana edad, elegantemente vestido con levita negra y corbata de seda blanca, reclinado en una silla de terciopelo carmesí. Su cabello, peinado con la perfección estudiada de un dandy, enmarca un rostro donde cada línea parece haber sido dibujada por la mano de un dios caprichoso. Pero es la sonrisa lo que cautiva y perturba a partes iguales. Es una sonrisa demasiado perfecta,

demasiado estudiada, como si hubiera sido ensayada mil veces ante un espejo implacable.

—Es curioso,— solía decir Lady Ashworth durante aquellas veladas literarias que hicieron famoso el salón de los Pemberton, —cómo un hombre que nos hace tan felices puede parecer tan melancólico en un retrato.— Y tenía razón, pues había algo en esa sonrisa que sugería no la alegría espontánea de quien ha encontrado la felicidad, sino la resignación elegante de quien ha aprendido a simularla con maestría incomparable.

Los invitados más perspicaces notaban otros detalles inquietantes. Los ojos de Plankett, de un verde jade que recordaba las profundidades del Támesis en invierno, parecían mirar a través del observador hacia algo infinitamente distante y melancólico. Sus manos, largas y aristocráticas, reposaban sobre los brazos de la silla con una languidez que sugería más fatiga que reposo. Y en la comisura de los labios, apenas perceptible para quien no conociera los secretos del arte dramático, se insinuaba un temblor casi imperceptible, como si el modelo luchara por mantener esa sonrisa que ya se había convertido en su prisión más hermosa.

Whistler, ese genio de la ambigüedad pictórica, había conseguido algo extraordinario: pintar no solo un rostro, sino una paradoja. Cada pincelada revelaba la tensión entre la máscara pública y el alma privada, entre la comedia que Plankett representaba cada noche en el Savoy Theatre y la tragedia que vivía en la soledad de su elegante apartamento de Piccadilly.

Lord Pemberton, hombre de gustos refinados y conversación brillante, había adquirido la obra no solo por su valor artístico, sino por una razón más personal y compleja. Había sido uno de los pocos mortales privilegiados que conocieron al verdadero Plankett, al hombre que se ocultaba detrás del personaje público. —Es la única obra de arte que conozco,— solía decir a sus invitados más íntimos, —que se vuelve más verdadera con el tiempo.—

Y efectivamente, con los años, el retrato parecía revelar secretos que ni siquiera Whistler había pretendido plasmar conscientemente. Los visitantes del salón comenzaron a notar que la sonrisa de Plankett cambiaba según la luz del día, según el estado de ánimo de quien la contemplaba, según las estaciones del año. En primavera, parecía más esperanzada; en invierno, más resignada. Durante las veladas mundanas, cuando el salón se llenaba de risas y conversaciones ingeniosas, la sonrisa del retrato parecía más genuina. Pero en las tardes silenciosas, cuando solo la lluvia londinense acompañaba la contemplación solitaria, esa misma sonrisa se transformaba en algo casi trágico.

Mrs. Pemberton, mujer de sensibilidad artística poco común, fue la primera en articular lo que todos intuían: —Ese retrato no muestra a

Plankett tal como era, sino tal como llegó a ser. Whistler pintó el futuro del alma, no solo el presente del rostro.—

La observación resultó profética. Cuando años después la carrera de Plankett alcanzó su cénit y luego su inevitable declive, cuando el público londinense descubrió finalmente la verdad sobre aquel hombre que había dedicado su vida a hacerlos reír, el retrato adquirió una significación casi sobrenatural. Era como si Whistler hubiera anticipado no solo la gloria, sino también la tragedia que definiría el destino del gran cómico.

Las críticas teatrales de la época describían a Plankett como un actor dotado de una naturalidad extraordinaria, capaz de transformar los diálogos más artificiales en conversaciones espontáneas, de hacer que las situaciones más absurdas parecieran verosímiles. Su genio residía en su capacidad para hacer olvidar al público que estaba presenciando una representación. En el escenario, Plankett no actuaba; simplemente era.

Pero el retrato sugería una verdad más compleja y perturbadora. ¿Qué sucede cuando un hombre descubre que es más auténtico fingiendo que siendo él mismo? ¿Qué ocurre cuando la máscara se convierte en más real que el rostro que la sostiene? Estas preguntas flotaban en el aire del salón de Lord Pemberton como el perfume de las rosas que Mrs. Pemberton disponía semanalmente bajo el retrato.

El arte, como siempre, reveló lo que la vida se empeñaba en ocultar. Mientras Plankett conquistaba los escenarios de Londres con su risa contagiosa y su ingenio deslumbrante, su retrato en el salón de Pemberton guardaba silencio sobre el precio que se paga por hacer de la felicidad ajena la razón de la existencia propia.

Los años pasaron, y el retrato siguió sonriendo con esa sonrisa que ya no era solo de Plankett, sino de todos aquellos que han descubierto que la verdadera tragedia de la vida no consiste en no alcanzar los sueños, sino en alcanzarlos y descubrir que no eran exactamente lo que esperábamos.

Lady Ashworth, ya anciana, contemplaba el retrato durante sus últimas visitas al salón. —Al final,— murmuró una tarde lluviosa de noviembre, —todos somos actores en la comedia de la vida. La diferencia es que algunos, como Plankett, tienen la honestidad de admitirlo.—

El retrato continúa colgando en el salón, testigo silencioso de una verdad que solo el arte puede revelar: que la belleza más profunda nace siempre del dolor más exquisito, y que los grandes artistas son aquellos que han aprendido a transformar sus lágrimas en oro para deleite de los demás.

Así comienza la historia de Plankett, el hombre que vendió su alma por hacer reír a los demás, solo para descubrir que el precio había sido justo, pero que el comprador, desafortunadamente, había sido él mismo.

Capítulo 1

El Divino Arte de la Comedia

El Savoy Theatre en la primavera de 1885 era el templo más sagrado de Londres, no porque en él se adorara a Dios, sino porque en él se veneraba algo infinitamente más escaso: la perfección artística. Cada noche, cuando las luces de gas iluminaban el escenario con esa luz dorada que solo conocen los sueños y los teatros, Plankett se transformaba en el dios de la risa londinense.

Su camerino, situado en el segundo piso del teatro, había adquirido con los años la solemnidad de un santuario. Las paredes, forradas de terciopelo verde botella, exhibían fotografías dedicadas de las figuras más ilustres de la sociedad británica. Sobre la mesa de caoba, entre frascos de maquillaje y polvos de arroz, reposaba una colección de cartas perfumadas que llegaban diariamente de admiradoras anónimas, cada una jurando que solo él podía curar el mal de siglo que aquejaba a toda una generación.

—La correspondencia amorosa,— solía decir Plankett mientras se aplicaba el colorete con la precisión de un pintor renacentista, —es la única forma de literatura que mejora con la repetición. Cada carta de amor dice exactamente lo mismo, y por eso todas son perfectas.—

Lord Henry Ashton, el más refinado de los caballeros londinenses, había convertido en ritual sagrado sus visitas al camerino de Plankett. Ashton era un hombre que coleccionaba frases ingeniosas con la misma pasión que otros coleccionaban mariposas, y en presencia del gran actor encontraba un arsenal inagotable de paradojas brillantes.

—Mi querido Plankett,— decía Ashton aquella noche mientras se acomodaba en la silla de brocado que el actor había reservado especialmente para él, —he llegado a la conclusión de que usted es el único hombre honesto de Londres.—

—¿Honesto yo?— replicó Plankett, ajustándose la corbata blanca ante el espejo, —Lord Henry, me halaga usted de manera imperdonable. Soy un actor, es decir, un mentiroso profesional.—

—Precisamente por eso es usted honesto. Mientras todos los demás fingen ser lo que no son sin admitirlo, usted finge ser lo que no es y lo proclama a los cuatro vientos. Esa es la diferencia entre el impostor y el artista.—

Plankett se detuvo un momento en su rutina de maquillaje. La observación de Ashton había tocado una fibra sensible, una verdad que él mismo había empezado a intuir pero que no se había atrevido a articular. —La honestidad,— murmuró, —es un lujo que solo pueden permitirse aquellos que no tienen nada que perder.—

—O aquellos que ya lo han perdido todo,— añadió Ashton con esa sonrisa melancólica que había heredado de tres generaciones de cortesanos desilusionados.

Fuera del camerino, los pasillos del Savoy bullían con esa actividad febril que precede a toda gran representación. Los tramoyistas corrían de un

lado a otro ajustando decorados, las actrices secundarias ensayaban sus líneas en voz baja, y el director, Mr. Pembroke, recorría el teatro con esa expresión de pánico controlado que caracteriza a todos los hombres que han hecho del arte su profesión.

Pero en el camerino de Plankett reinaba una calma extraña, como si el tiempo hubiera decidido detenerse para contemplar el ritual de la transformación. El actor se observaba en el espejo con la intensidad de un filósofo que estudia un problema metafísico. Cada gesto, cada expresión, cada movimiento de las manos había sido perfeccionado a lo largo de años de representaciones, hasta alcanzar esa naturalidad suprema que solo se consigue mediante la artificiosidad más refinada.

—¿Sabe usted, Lord Henry,— dijo Plankett mientras se colocaba la peluca empolvada que lo transformaría en Sir Algernon Worthing, —cuál es la diferencia entre un actor mediocre y uno genial?—

—Supongo que la diferencia está en el grado de sinceridad.—

—Todo lo contrario. El actor mediocre trata de ser sincero; el genial trata de ser perfecto. La sinceridad es un accidente; la perfección es una elección.—

Ashton saboreó la paradoja como un conocedor saborea un vino excepcional. —Entonces, según su teoría, el arte no busca la verdad sino la belleza.—

—El arte,— replicó Plankett, —busca la verdad a través de la belleza. Es el camino más largo, pero también el único que vale la pena recorrer.—

Un golpe suave en la puerta interrumpió la conversación. Era Mrs. Pemberton, la esposa del director, una mujer de mediana edad cuya belleza había adquirido con los años esa pátina de melancolía que hace más atractivos a ciertos rostros. Vestía un traje de seda azul Prusia que realzaba el color de sus ojos, y llevaba en la mano un ramo de gardenia que perfumaba el ambiente con su fragancia dulce y perturbadora.

—Plankett,— dijo con esa voz ligeramente ronca que denunciaba años de cigarrillos turcos y conversaciones nocturnas, —he venido a desearle suerte, aunque sé que no la necesita.—

—Mrs. Pemberton,— respondió el actor incorporándose y besando la mano que ella le tendía, —la suerte es para los aficionados. Los profesionales dependemos de algo mucho más confiable: la técnica.—

—¿Y qué hay del corazón?—

—El corazón es el enemigo del arte. Cuando un actor siente realmente lo que está representando, el resultado es invariablemente mediocre. La emoción auténtica es demasiado caótica para ser artística.—

Mrs. Pemberton sonrió con esa sonrisa que las mujeres inteligentes reservan para las afirmaciones que consideran brillantes pero equivocadas. —Usted habla como si hubiera resuelto todos los misterios del alma humana.—

—No, querida señora. Hablo como alguien que ha aprendido a representar todos los misterios del alma humana. Es una diferencia sutil pero importante.—

—Demasiado sutil para mí,— intervino Ashton. —Prefiero los misterios sin resolver a las soluciones sin misterio.—

La conversación fue interrumpida por la campana que anunciaba el comienzo de la función. Plankett se miró una última vez en el espejo, no para comprobar su apariencia, sino para despedirse del hombre que había sido durante los últimos minutos y dar la bienvenida al personaje que sería durante las próximas dos horas.

—La risa,— dijo dirigiéndose a sus visitantes mientras se dirigía hacia la puerta, —es el privilegio de los dioses y la maldición de los hombres.—

—¿Por qué maldición?— preguntó Mrs. Pemberton.

—Porque los dioses ríen sin consecuencias. Los hombres, en cambio, pagan un precio por cada carcajada que arrancan a los demás.—

Salió del camerino dejando tras de sí esa sensación de vacío que siempre sigue a las grandes verdades expresadas casualmente. Lord Henry y Mrs. Pemberton se dirigieron hacia el palco reservado para los invitados especiales, pero ambos llevaban consigo la inquietud de quien ha entrevisto algo perturbador detrás de una superficie brillante.

El telón se alzó, y Plankett apareció en escena transformado por completo. Era ahora Sir Algernon Worthing, el joven aristócrata cuyas aventuras amorosas habían conquistado Londres. Su voz, su postura, su manera de caminar, todo había cambiado con una naturalidad que parecía sobrenatural. El público, como siempre, cayó inmediatamente bajo el hechizo de su presencia.

Pero en el palco, Lord Henry observaba con atención no solo la actuación, sino al hombre que actuaba. Y por primera vez en sus largos años de amistad con Plankett, comenzó a preguntarse si detrás de aquella máscara perfecta había realmente un rostro, o si, como las muñecas rusas que había visto en su última visita a San Petersburgo, bajo cada máscara no había sino otra máscara, en una sucesión infinita que terminaba en el vacío.

La función fue, como siempre, un triunfo absoluto. Plankett recibió cinco llamadas a escena, y el público abandonó el teatro con esa expresión de felicidad aturdida que solo proporciona el arte perfecto. Pero en su camerino, mientras se quitaba el maquillaje con la misma precisión con que se lo había aplicado, el actor se sentía extrañamente vacío.

—¿Qué le ocurre, querido amigo?— preguntó Ashton, que había regresado para acompañarlo como era su costumbre.

—Nada,— respondió Plankett, —y ese es precisamente el problema. No siento nada. Ni satisfacción, ni cansancio, ni alivio. Es como si hubiera representado la vida de otro hombre tan perfectamente que hubiera olvidado la mía propia.—

—Quizás,— sugirió Ashton con suavidad, —es que su vida propia ya no existe. Quizás lo que usted llama Plankett no es sino el más exitoso de sus personajes.—

El actor se miró en el espejo, ahora libre de maquillaje, y por un momento no reconoció el rostro que le devolvía la mirada. Era como si acabara de conocer a un extraño que, inexplicablemente, habitaba su propio cuerpo.

—¿Sabe usted,— continuó Plankett, sin apartar la vista del espejo, —lo que me dijo una vez una gitana en París? Me dijo que tenía el alma de un camaleón. En aquel momento lo tomé como un cumplido. Ahora me pregunto si no era una maldición.—

Ashton encendió un cigarrillo turco y se recostó en la silla de brocado. El humo azul se elevaba en espirales perezosas, creando sombras fantasmagóricas en las paredes del camerino. —Los camaleones, mi querido Plankett, son animales fascinantes. Cambian de color no por vanidad, sino por supervivencia. Quizás usted no ha elegido ser lo que es; quizás simplemente ha aprendido a sobrevivir.—

—¿Sobrevivir a qué?—

—A la vida, naturalmente. Esa cosa terrible que ocurre entre el nacimiento y la muerte, y que la mayoría de nosotros trata de evitar por todos los medios posibles.—

Plankett se sirvió una copa de brandy de la botella de cristal que descansaba sobre la mesa. Era un ritual nocturno, una pequeña ceremonia que marcaba la transición entre el mundo del teatro y el mundo real, aunque cada vez le resultaba más difícil distinguir entre ambos.

—Cuando era niño,— dijo después de beber un sorbo, —soñaba con ser actor. Creía que sería maravilloso vivir mil vidas diferentes, ser mil personas distintas. Nadie me advirtió que el precio de vivir mil vidas sería perder la propia.—

—¿Está usted seguro de haberla perdido? Quizás simplemente la ha escondido tan bien que ya no recuerda dónde la dejó.—

Un golpe en la puerta interrumpió la conversación. Era Jimmy, el muchacho que hacía de mensajero en el teatro, con las flores que habían llegado para Plankett después de la función. Rosas rojas de admiradoras anónimas, orquídeas exóticas de damas de la sociedad, un ramo de violetas con una nota firmada simplemente como —Una devota—. El camerino se llenó de fragancias que competían entre sí por crear la atmósfera más seductora.

—Mire esto,— dijo Plankett, tomando una carta de papel vitela perfumado, —Lady Pemberton me invita a una cena íntima en su casa de campo. Dice que desea conocer al 'hombre detrás del artista'. ¿No es adorable? Como si existiera tal cosa.—

—¿Y no existe?—

—Mi querido Henry, usted es demasiado inteligente para hacer preguntas tan ingenuas. Por supuesto que no existe. El hombre que usted conoce, el hombre que charla con usted en este camerino, es tan artificial como Sir Algernon Worthing. La única diferencia es que este personaje no tiene autor conocido.—

Ashton observó a su amigo con una mezcla de fascinación y alarma. Había conocido a Plankett durante cinco años, desde que el actor había llegado a Londres desde Dublín con nada más que un traje elegante y una ambición desmedida. Había sido testigo de su ascenso meteórico, de su conquista de la sociedad londinense, de su transformación de un joven provinciano en el dios de la comedia británica. Pero nunca antes había visto en él esta mezcla de lucidez y desesperación.

—Plankett,— dijo finalmente, —¿puedo hacerle una pregunta indiscreta?
—

—Las preguntas indiscretas son las únicas que valen la pena responder.
—

—¿Es usted feliz?—

El actor se detuvo con la copa a medio camino de los labios. La pregunta había caído en el camerino como una piedra en un estanque, creando ondas de silencio que se extendían en todas direcciones.

—La felicidad,— respondió después de una pausa que pareció durar una eternidad, —es un concepto burgués. Los artistas no aspiramos a la felicidad; aspiramos a la intensidad. La felicidad es horizontal; la intensidad es vertical. Prefiero un momento de intensidad absoluta a una vida entera de felicidad mediocre.—

—Esa es una respuesta muy brillante,— observó Ashton, —pero no es una respuesta.—

—Las mejores respuestas nunca lo son. Las respuestas directas son para los políticos y los comerciantes. Los artistas preferimos las respuestas oblicuas, porque son las únicas que pueden capturar la complejidad de la experiencia humana.—

Plankett se acercó a la ventana del camerino, que daba a la calle Strand. Abajo, Londres continuaba su vida nocturna con esa energía incansable que caracteriza a las grandes ciudades. Los Hanson cabs se deslizaban sobre los adoquines mojados, los faroles de gas creaban charcos de luz dorada en la oscuridad, y las siluetas de los transeúntes se movían como sombras en una pantalla de linterna mágica.

—¿Ve usted esa gente?— preguntó señalando hacia la calle, —Todos ellos viven sus propias vidas, sienten sus propias emociones, enfrentan sus propios dramas. Pero cuando entran en este teatro, dejan todo eso atrás y se convierten en espectadores de mi vida, de mis emociones, de mis dramas. Por dos horas, yo vivo por ellos, siento por ellos, sufro por ellos. Es la transacción más extraña del mundo: ellos me dan su dinero, y yo les doy mi alma.—

—¿Y qué obtiene usted a cambio?—

—Aplausos. Admiración. Flores. Cartas perfumadas. Y la ilusión de que todo eso compensa lo que he perdido.—

—¿Qué es lo que ha perdido?—

Plankett se alejó de la ventana y se dirigió hacia el espejo una vez más. Su reflejo lo observaba con una expresión que no podía descifrar. —La capacidad de distinguir entre lo que soy y lo que represento. La capacidad de sentir emociones que no estén calculadas para producir un efecto específico. La capacidad de amar sin preguntarme si mi amor es convincente.—

—¿Y no puede recuperar todo eso?—

—Mi querido Henry, usted pregunta si un hombre puede recuperar su virginidad. Hay cosas que, una vez perdidas, no se pueden recuperar. Solo se pueden lamentar con elegancia.—

El camerino se sumió en un silencio que era a la vez cómodo e inquietante. Ashton terminó su cigarrillo y se preparó para despedirse, pero algo en la expresión de Plankett lo detuvo.

—¿Sabe usted,— dijo el actor, —lo que me aterra más que la idea de perder mi talento? La idea de no perderlo nunca. La idea de seguir siendo perfecto hasta el día en que me muera, sin haber sido nunca auténtico.—

—¿Y si la autenticidad estuviera sobrevalorada?—

—Entonces,— respondió Plankett con una sonrisa que era al mismo tiempo triste y hermosa, —habría vendido mi alma por nada. Y esa sería la tragedia más perfecta de todas: una tragedia sin siquiera la dignidad de haber sido necesaria.—

Ashton se despidió con la sensación de haber presenciado algo importante, aunque no sabía exactamente qué. Mientras caminaba por las calles de Londres hacia su casa de Mayfair, no podía quitarse de la cabeza la imagen de Plankett frente al espejo, buscando en su propio reflejo un rostro que ya no estaba seguro de poseer.

En el camerino, Plankett se quedó solo con sus pensamientos y sus flores. Terminó de quitarse el vestuario, se puso su traje de calle, y se preparó para regresar a su apartamento. Pero antes de salir, se detuvo una última vez frente al espejo.

—¿Quién eres?— le preguntó a su reflejo.

El reflejo no respondió. Nunca lo hacía.

Capítulo 2

La Sociedad del Spleen

El club Athenaeum se alzaba en Pall Mall como un templo dedicado al culto de la melancolía refinada. Sus columnas dóricas, ennegrecidas por décadas de hollín londinense, parecían sostener no solo el peso del

edificio, sino también el de toda una civilización que había decidido hacer del tedio su más exquisita forma de arte.

Era una tarde de noviembre particularmente gris, de esas que hacen que Londres parezca una acuarela dejada bajo la lluvia. En la biblioteca del club, entre estantes de caoba que albergaban siglos de sabiduría británica, se había reunido la más selecta congregación de caballeros que Londres pudiera ofrecer. Eran hombres que habían heredado títulos, fortunas y, junto con ellos, una forma particular de tristeza que solo puede cultivarse en generaciones de ocio aristocrático.

Sir Reginald Whitmore, octavo conde de Pembroke, se hundía en su sillón de cuero con la languidez de quien ha descubierto que todos los placeres del mundo pueden agotarse antes de cumplir los cuarenta. A su lado, Lord Blackwood hojeaba distraídamente un ejemplar de *The Yellow Book*, aunque era evidente que las páginas le interesaban menos que el gesto elegante de pasar de una a otra.

—Caballeros,— dijo Sir Reginald levantando apenas la voz por encima del susurro, —hemos llegado a un punto en nuestras vidas donde incluso el aburrimiento nos aburre. Es una situación sin precedentes en la historia de la humanidad.—

—No sin precedentes,— corrigió Lord Blackwood con esa precisión pedante que caracteriza a los eruditos ociosos, —simplemente sin remedio. Los romanos del siglo IV experimentaron algo similar. La diferencia es que ellos tenían bárbaros que los salvaran de sí mismos.—

—Nosotros también tenemos bárbaros,— observó el Honorable Charles Ashford, un hombre joven cuya fortuna derivaba de fábricas en Manchester que nunca había visitado, —pero desafortunadamente son nuestros electores.—

La conversación fue interrumpida por la llegada de un criado que anunció con la solemnidad propia de las grandes ocasiones: —Señores, Mr. Plankett ha llegado.—

Un murmullo de expectación recorrió la biblioteca. Plankett era el único hombre en Londres que podía hacer que los miembros del Athenaeum levantaran la vista de sus periódicos sin que fuera por causa de una guerra o una bancarrota. Su presencia en el club era un acontecimiento que se esperaba con la misma ansiedad con que los fieles esperan la aparición de un santo milagroso.

Plankett entró en la biblioteca con esa gracia natural que hace que ciertos hombres parezcan estar siempre en un escenario, incluso cuando simplemente caminan por una habitación. Vestía un traje de tweed gris que le daba un aire de elegancia campestre, y llevaba en la solapa una gardenia blanca que perfumaba el aire con su fragancia dulce y ligeramente narcótica.

—Caballeros,— dijo dirigiéndose al grupo con una sonrisa que era a la vez encantadora y ligeramente burlona, —he venido a rescatarlos de la más terrible de las enfermedades: el pensamiento serio.—

—Mi querido Plankett,— respondió Sir Reginald con una sonrisa que transformó completamente su rostro melancólico, —llega usted en el momento preciso. Estábamos discutiendo sobre el spleen, esa peculiar aflicción que parece haber conquistado a toda nuestra generación.—

—El spleen,— reflexionó Plankett acomodándose en el sillón que habían dejado libre para él, —es la enfermedad de los que tienen demasiado tiempo para pensar en sí mismos. Es la aristocracia del sufrimiento.—

—¿Sugiere usted que es una pose?— preguntó Lord Blackwood con una mezcla de curiosidad y ofensa.

—Todo lo contrario. Sugiero que es la única emoción auténtica que les queda a ustedes. Han agotado los placeres comunes y ahora se dedican a los placeres raros. El spleen es el último lujo de una civilización que ha tenido todo.—

El Duque de Marlborough, que hasta ese momento había permanecido en silencio fumando un puro cubano, se inclinó hacia adelante con interés. Era un hombre de sesenta años cuya vida había transcurrido entre salones parisinos y casinos de Montecarlo, acumulando experiencias como otros acumulan sellos postales.

—Plankett,— dijo con esa voz ronca que dan los cigarrillos orientales y las noches en vela, —usted habla del spleen como si fuera algo deseable. ¿Acaso no es una forma de sufrimiento?—

—Por supuesto que es sufrimiento, Duque. Pero es sufrimiento refinado, consciente, artístico. Es la diferencia entre el dolor del parto y el dolor de la creación. Ambos duelen, pero solo uno produce belleza.—

—¿Y cuál es el antídoto?— preguntó Charles Ashford.

—No hay antídoto,— respondió Plankett, —ni debe haberlo. El spleen es como la fiebre: es síntoma de que algo está vivo en ustedes. Curarlo sería como curar la pasión o la inteligencia.—

—Pero seguramente,— insistió Sir Reginald, —debe existir alguna forma de alivio. Algún modo de hacer la vida más tolerable.—

Plankett se levantó y caminó hacia la ventana que daba a Pall Mall. Abajo, Londres continuaba su existencia con esa obstinación que caracteriza a las grandes ciudades. Los ómnibus se deslizaban entre el tráfico, los comerciantes pregonaban sus mercancías, y las multitudes se movían con ese propósito urgente que solo tienen aquellos que creen que la vida tiene sentido.

—¿Ven ustedes a esa gente?— preguntó señalando hacia la calle, —Ellos no sufren de spleen porque no tienen tiempo para sufrir de spleen. Sus vidas están llenas de necesidades urgentes: ganar dinero, alimentar a sus familias, pagar el alquiler. Nosotros, en cambio, hemos resuelto todas esas necesidades básicas y nos hemos quedado con las necesidades superiores: la belleza, la verdad, el sentido de la existencia.

—

—¿Y eso es bueno o malo?— preguntó Lord Blackwood.

—Ni bueno ni malo. Es inevitable. Ustedes son los herederos de una civilización que ha llegado a su máximo refinamiento. El spleen es el precio que pagan por haber nacido en el momento perfecto de la historia.—

El Duque de Marlborough exhaló una nube de humo azul que se elevó hacia el techo abovedado de la biblioteca. —Pero entonces, ¿cuál es el propósito de todo esto? ¿Por qué existimos?—

—Para hacer del sufrimiento un arte,— respondió Plankett sin dudar, —y del arte, un sufrimiento. Es la única ocupación digna de seres humanos que han trascendido la necesidad.—

—Es usted muy cruel, Plankett,— observó Charles Ashford con una sonrisa que desmentía la severidad de sus palabras.

—La crueldad es una virtud subestimada. La bondad es común; la crueldad refinada es un arte. Yo prefiero ser educadamente cruel que bondadosamente mediocre.—

La conversación fue interrumpida por la llegada del té, servido en porcelana de Spode con esa ceremonia que hace del simple acto de beber té una afirmación de superioridad cultural. Plankett aceptó su taza con la gracia de quien ha convertido cada gesto en una pequeña representación teatral.

—Caballeros,— dijo después de beber un sorbo, —les propongo un experimento. Durante una semana, dedíquense a cultivar conscientemente su spleen. Léanse a Baudelaire antes del desayuno, contemplen cuadros melancólicos después del almuerzo, y escuchen música triste antes de acostarse. Al final de la semana, habrán transformado su sufrimiento en una obra de arte.—

—¿Y qué ganaremos con eso?— preguntó Sir Reginald.

—La satisfacción de haber vivido con intensidad. La mayoría de los hombres viven sus vidas como si fueran borradores de algo que nunca llegará a escribirse. Ustedes tienen la oportunidad de vivir las suyas como si fueran obras maestras.—

—¿Y usted, Plankett?— preguntó el Duque de Marlborough, —¿practica usted lo que predica?—

—Yo tengo una ventaja sobre ustedes, Duque. Yo represento mi spleen cada noche en el escenario. Lo transformo en espectáculo, lo convierto en entretenimiento. Es una forma de alquimia emocional: transmutó el plomo de la melancolía en el oro de la comedia.—

—Pero eso debe ser agotador,— observó Lord Blackwood.

—Todo lo que vale la pena es agotador. El descanso es para los muertos y los satisfechos. Nosotros, que estamos vivos y eternamente insatisfechos, debemos trabajar hasta el agotamiento.—

—¿Y cuál es el resultado de tanto trabajo?— preguntó Charles Ashford.

—El resultado,— respondió Plankett con una sonrisa que era al mismo tiempo triunfante y melancólica, —es que ustedes vienen aquí todas las semanas a pedirme que los cure de su spleen. Soy el médico que ha enfermado de la misma enfermedad que pretende curar.—

—¿Y eso no le parece contradictorio?—

—Las contradicciones son la sal de la vida. Un hombre sin contradicciones es como un plato sin sal: técnicamente perfecto pero absolutamente insípido.—

El Duque de Marlborough se recostó en su sillón con la expresión de quien ha presenciado algo extraordinario. —Plankett, usted es o un genio o un loco.—

—La diferencia entre el genio y la locura,— respondió Plankett, —es que el genio tiene público. Yo tengo público, por tanto soy un genio. Si no tuviera público, sería un loco. Es una distinción puramente social.—

—¿Y si perdiera su público?—

—Entonces descubriría si he sido un genio representando a un loco, o un loco representando a un genio. Sería el experimento más fascinante de mi vida.—

La tarde se desvaneció imperceptiblemente en la penumbra londinense. Las luces del club se encendieron una a una, creando charcos de luz dorada que hacían el ambiente más íntimo y confesional. Los caballeros continuaron su conversación, pero ahora sus voces tenían ese tono confidencial que adoptan los hombres cuando sienten que se aproximan a verdades peligrosas.

—Plankett,— dijo finalmente Sir Reginald, —¿cree usted que el spleen tiene cura definitiva?—

—Sí,— respondió Plankett, —pero la cura es peor que la enfermedad.—

—¿Cuál es?—

—La muerte. Es el único remedio que funciona invariablemente, pero tiene el inconveniente de ser demasiado radical para la mayoría de los pacientes.—

Los caballeros rieron, pero era una risa incómoda, como si hubieran tocado algo que era mejor no examinar demasiado de cerca.

Cuando finalmente Plankett se despidió, dejó tras de sí esa sensación de vacío que siempre sigue a las grandes representaciones. Los miembros del Athenaeum se quedaron en silencio, cada uno perdido en sus pensamientos, cada uno preguntándose si había sido curado o si había enfermado más profundamente.

Afuera, Londres continuaba su existencia nocturna, indiferente a los refinamientos del spleen aristocrático. Pero en la biblioteca del club, cinco hombres habían descubierto que su enfermedad tenía nombre, síntomas y, posiblemente, un médico que estaba tan enfermo como ellos.

Capítulo 3

El Espejo de Narciso

El apartamento de Plankett en Piccadilly era una sinfonía de exquisitez calculada, donde cada objeto había sido seleccionado no por su utilidad sino por su capacidad de crear una atmósfera de refinamiento decadente. Las paredes, forradas en seda damasco de color oro viejo, exhibían una colección de cuadros que abarcaba desde un Whistler de la época azul hasta un pequeño Corot que había adquirido en una subasta parisina. Los muebles, todos de estilo Luis XV, habían sido restaurados por los mejores artesanos de Francia, y cada pieza parecía susurrar historias de una elegancia que había sobrevivido a la revolución y a la república.

Era una tarde de diciembre particularmente melancólica, de esas en que Londres se envuelve en niebla como una dama enlutada se envuelve en crespones. Plankett se encontraba en su estudio, una habitación circular que había mandado construir especialmente para albergar sus libros y sus pensamientos. Los estantes de caoba llegaban hasta el techo, y contenían una biblioteca que era al mismo tiempo un tesoro y una maldición: primeras ediciones de Baudelaire, manuscritos de Verlaine, volúmenes encuadernados en piel de cabra que exhalaban ese aroma a sabiduría antigua que solo poseen los libros que han sido amados por muchas generaciones.

En el centro de la habitación, dominando el espacio como un altar pagano, se alzaba un espejo veneciano del siglo XVII. Era una pieza extraordinaria, con marco de cristal trabajado que creaba reflejos dentro de reflejos, multiplicando las imágenes hasta el infinito. Plankett había pagado una fortuna por él, no tanto por su valor artístico como por su capacidad de transformar la contemplación en un ritual casi religioso.

Se encontraba ahora frente a ese espejo, vestido con una bata de seda china bordada con dragones dorados, ensayando gestos que nadie vería jamás. Sus manos se movían con la precisión de un director de orquesta, trazando en el aire melodías invisibles que solo él podía escuchar. Era un espectáculo extraño y fascinante: un hombre representando para sí mismo, como si el acto de actuar fuera tan esencial para su naturaleza que no pudiera detenerlo ni siquiera en la soledad más absoluta.

—La vanidad,— murmuró dirigiéndose a su reflejo, —es la única pasión que no traiciona jamás a quien la cultiva. El amor puede convertirse en odio, la ambición puede transformarse en desengaño, pero la vanidad permanece eternamente fiel a sí misma.—

Su reflejo le devolvió una sonrisa que era al mismo tiempo encantadora y terrible. Era el rostro de un hombre que había aprendido a seducir incluso a su propia imagen, que había convertido la autocontemplación en una forma de arte. Pero había algo inquietante en esa sonrisa, algo

que sugería que el espejo podía mostrar no solo lo que era, sino también lo que podía llegar a ser.

—¿Pero qué es la vanidad,— continuó, —sino el último refugio de los que han perdido la capacidad de amar algo fuera de sí mismos? Es el solipsismo perfecto: un mundo donde solo existe una persona, y esa persona es perfecta.—

El apartamento estaba silencioso, salvo por el tic-tac de un reloj francés que marcaba las horas con la precisión melancólica de quien cuenta no el tiempo que queda, sino el tiempo que ya no volverá. Plankett se acercó a la ventana que daba a Green Park, donde los árboles desnudos se recortaban contra el cielo gris como pensamientos melancólicos contra el lienzo de la conciencia.

—La autenticidad,— murmuró, regresando al espejo, —es el lujo más caro del mundo. Cuesta tanto que muy pocos pueden permitírselo, y los que pueden, descubren que no vale lo que han pagado por ella.—

Un golpe suave en la puerta interrumpió sus reflexiones. Era Jameson, su criado, un hombre de mediana edad cuya discreción había sido perfeccionada a lo largo de décadas de servicio en casas aristocráticas. Jameson era uno de esos servidores que logran hacerse indispensables precisamente porque saben cuándo hacerse invisibles.

—Señor,— dijo con esa voz cuidadosamente modulada que adoptan los criados bien entrenados, —Mrs. Pemberton solicita ser recibida.—

Plankett sintió un estremecimiento de expectación mezclado con inquietud. Mrs. Pemberton era una de las pocas personas en Londres que podía perturbarlo, no porque fuera particularmente bella o inteligente, sino porque poseía esa cualidad rara y peligrosa de ver a través de las máscaras que los demás llevaban puestas.

—Hágala pasar al salón,— dijo Plankett, —y sírvale té con esas pastas francesas que le gustan tanto. Yo bajaré en un momento.—

Se dirigió a su dormitorio para cambiarse la bata por un traje de tarde. Era un ritual que había perfeccionado hasta convertirlo en una ceremonia: cada prenda era seleccionada no solo por su elegancia, sino por su capacidad de crear una impresión específica. Hoy eligió un traje de lana gris Oxford con chaleco de seda azul, una combinación que proyectaba refinamiento sin ostentación, elegancia sin frivolidad.

Mientras se anudaba la corbata frente al espejo de su tocador, se preguntó qué habría llevado a Mrs. Pemberton a visitarlo en una tarde tan poco propicia para las visitas sociales. Era una mujer que raramente hacía algo sin una razón cuidadosamente calculada, y sus visitas siempre tenían un propósito que no se revelaba hasta que ella decidía que era el momento apropiado.

Bajó al salón, donde Mrs. Pemberton lo esperaba sentada en el sofá de damasco azul, con esa elegancia natural que solo poseen las mujeres que han aprendido a envejecer con gracia. Vestía un traje de terciopelo verde botella que realzaba el color de sus ojos, y llevaba un sombrero

adornado con plumas que le daba un aire ligeramente bohemio. En sus manos, una taza de porcelana de Sèvres parecía tan frágil como una mariposa.

—Querido Plankett,— dijo levantándose para saludarlo, —espero que perdone mi intrusión. Pero tenía la urgente necesidad de hablar con alguien que comprendiera el arte de la conversación.—

—Mrs. Pemberton,— respondió Plankett besando la mano que ella le tendía, —su presencia nunca es una intrusión. Es una bendición disfrazada de interrupción.—

—Qué galante,— sonrió ella, —pero también qué calculado. Incluso sus cumplidos parecen haber sido ensayados frente a un espejo.—

La observación dio en el blanco con una precisión que lo alarmó. Mrs. Pemberton tenía esa cualidad inquietante de hacer afirmaciones que eran al mismo tiempo halagadoras y perturbadoras.

—Todos mis cumplidos son ensayados,— admitió Plankett con una sonrisa que era al mismo tiempo confesión y desafío. —Los espontáneos suelen ser terriblemente inadecuados.—

—Usted actúa incluso cuando está solo, querido Plankett,— observó ella, acomodándose nuevamente en el sofá. —Lo he visto desde la calle, frente a su espejo, representando para una audiencia de uno.—

—¿Me ha estado espiando, Mrs. Pemberton?—

—Observando, no espiando. Hay una diferencia sutil pero importante. El espionaje implica secreto; la observación implica admiración.—

Plankett se sirvió una copa de jerez y se acomodó en el sillón frente a ella. El fuego crepitaba en la chimenea, creando sombras danzantes que transformaban el salón en un escenario íntimo y confesional.

—¿Y qué es lo que ha observado?—

—Un hombre que ha convertido su vida en una representación tan perfecta que ya no puede distinguir entre el actor y el personaje. Es fascinante y terrible al mismo tiempo.—

—¿Terrible?—

—Terrible porque sugiere que la autenticidad es posible, y que usted ha elegido conscientemente renunciar a ella. Si fuera simplemente un hombre superficial, no habría tragedia. Pero usted es un hombre profundo que ha elegido la superficie.—

Plankett bebió un sorbo de jerez, saboreando tanto la bebida como las palabras de Mrs. Pemberton. Era una mujer que tenía el don de hacer que las verdades más perturbadoras sonaran como cumplidos elaborados.

—¿Y por qué cree usted que he hecho esa elección?—

—Porque la profundidad duele, y usted ha descubierto que la superficie puede ser infinitamente más placentera. Es como vivir en un jardín perfecto en lugar de explorar un bosque salvaje.—

—¿Y usted prefiere el bosque salvaje?—

—Yo prefiero,— dijo Mrs. Pemberton con una sonrisa que era al mismo tiempo triste y hermosa, —a los hombres que han elegido el jardín pero que recuerdan el bosque. Hay algo melancólico en esa combinación que encuentro irresistible.—

—Es usted muy cruel, Mrs. Pemberton.—

—La crueldad es a menudo indistinguible de la honestidad. Prefiero ser cruelmente honesta que bondadosamente falsa.—

Plankett se levantó y caminó hacia la ventana. El parque se extendía ante él como un mar de melancólica belleza, donde las sombras del atardecer comenzaban a crear ese claroscuro que hace que Londres parezca un grabado romántico.

—¿Sabe usted,— dijo sin volverse, —lo que me dijo una vez un crítico teatral? Me dijo que yo era el actor más auténtico de Londres porque nunca trataba de ser auténtico. Que mi artificialidad era tan perfecta que se había convertido en naturalidad.—

—¿Y eso le consoló?—

—Me aterrizó. Porque me hizo comprender que había triunfado tan completamente en mi impostura que la impostura se había convertido en mi verdad.—

Mrs. Pemberton se acercó a él y puso una mano suave sobre su brazo. Era un gesto que podía interpretarse como maternal o como seductor, y quizás era ambas cosas a la vez.

—Querido Plankett,— dijo con una voz que era al mismo tiempo tierna y firme, —¿ha considerado usted la posibilidad de que no haya diferencia entre el actor y el personaje? ¿Que quizás usted no está representando una vida, sino viviendo una representación?—

—¿Cuál sería la diferencia?—

—Que en el primer caso, usted es una víctima de su arte. En el segundo, su arte es una expresión de su naturaleza.—

Plankett se volvió hacia ella, y por un momento Mrs. Pemberton vio en sus ojos algo que raramente se permitía mostrar: vulnerabilidad.

—¿Y si mi naturaleza fuera precisamente esa: ser un actor permanente? ¿Si lo que ustedes llaman autenticidad no fuera para mí más que otro papel que representar?—

—Entonces,— respondió ella, —usted sería el hombre más auténtico de Londres, porque sería auténticamente artificial.—

—Es una paradoja hermosa,— murmuró Plankett, —pero no sé si es consoladora.—

—Las paradojas nunca son consoladoras. Son como los espejos: no están ahí para consolarnos, sino para mostrarnos quiénes somos.—

La tarde se desvaneció imperceptiblemente en la penumbra londinense. Mrs. Pemberton se despidió con la promesa de regresar pronto, dejando

tras de sí esa sensación de perturbación intelectual que sólo producen las conversaciones verdaderamente importantes.

Plankett regresó a su estudio y se colocó nuevamente frente al espejo veneciano. Pero ahora su reflejo le parecía diferente, como si las palabras de Mrs. Pemberton hubieran alterado no solo su percepción de sí mismo, sino también la imagen que el espejo le devolvía.

—¿Quién eres?— le preguntó a su reflejo por segunda vez en una semana.

Esta vez, le pareció que el reflejo sonreía con una expresión que no era completamente suya, como si hubiera comenzado a vivir una vida propia en el mundo del espejo.

Y por primera vez en muchos años, Plankett sintió miedo.

Capítulo 4

La Consulta al Doctor Faustus

El consultorio del Dr. Whitmore se encontraba en Harley Street, esa arteria médica de Londres donde los males del cuerpo se curan con la misma precisión con que los males del alma se diagnostican. Era un lugar que respiraba ciencia y compasión a partes iguales, donde los diplomas enmarcados en las paredes competían en solemnidad con los frascos de medicamentos que se alineaban en estantes de caoba como soldados de un ejército farmacológico.

Una mañana de enero particularmente cruda, cuando Londres se envolvía en esa niebla que hace que la ciudad parezca un daguerrotipo desenfocado, un comerciante próspero de aspecto distinguido pero ligeramente vulgar esperaba su turno en la sala de espera. Vestía un traje de lana que gritaba su reciente prosperidad, llevaba un reloj de oro que consultaba con frecuencia nerviosa, y sus modales tenían esa mezcla de deferencia y arrogancia que caracteriza a los nuevos ricos.

El hombre no era otro que Plankett, pero transformado por el arte del disfraz en Mr. Cornelius Blackwood, propietario de una próspera fábrica de tejidos en Birmingham. La metamorfosis era tan perfecta que incluso su propia sombra parecía haberse adaptado a su nueva identidad. Había adoptado un acento ligeramente provincial, un caminar menos elegante, y esa forma particular de sostener el sombrero que tienen los hombres que no han nacido con él en la mano.

—Mr. Blackwood,— anunció la enfermera con esa voz profesionalmente cálida que adoptan quienes han aprendido a tratar con el sufrimiento ajeno, —el doctor le recibirá ahora.—

El Dr. Whitmore era un hombre de cincuenta años que había logrado esa combinación perfecta entre competencia científica y sabiduría mundana que caracteriza a los grandes médicos. Su consultorio estaba decorado con ese gusto exquisito que sugiere tanto conocimiento como sensibilidad: grabados anatómicos del Renacimiento alternaban con

acuarelas de paisajes ingleses, y una pequeña biblioteca contenía tanto tratados médicos como volúmenes de poesía.

—Siéntese, Mr. Blackwood,— dijo el doctor señalando una silla tapizada en cuero verde, —y dígame qué le aqueja.—

—Doctor,— comenzó Plankett con la voz ligeramente ronca que había adoptado para su personaje, —vengo a consultarle sobre un mal que no logro comprender ni, mucho menos, curar.—

—Describame sus síntomas.—

—No son síntomas físicos, doctor. Son síntomas del alma, si me permite la expresión. Siento que he perdido la capacidad de experimentar emociones auténticas. Todo lo que siento parece calculado, medido, representado para un público invisible.—

El Dr. Whitmore se inclinó hacia adelante con el interés de quien ha encontrado un caso que promete ser intelectualmente estimulante. —¿Desde cuándo experimenta esta... condición?—

—Desde que me dediqué al comercio teatral, doctor. Soy, como usted habrá imaginado, un hombre que ha hecho fortuna en el mundo del espectáculo. Y he descubierto que cuando uno se dedica profesionalmente a producir emociones falsas, las emociones verdaderas se marchitan como flores en un invernadero demasiado caldeado.—

—Interesante analogía,— murmuró el doctor, tomando notas en un cuaderno de cuero. —¿Ha probado el amor?—

—El amor,— respondió Plankett con una sonrisa que era al mismo tiempo amarga y hermosa, —es un lujo que no puedo permitirme, doctor. Soy demasiado pobre de espíritu y demasiado rico de experiencia.—

—Explíqueme eso.—

—El amor requiere una cierta inocencia, una capacidad de creer que lo que uno siente es único y verdadero. Yo he visto tanto amor fingido en los escenarios que ya no puedo distinguir entre el auténtico y el representado. Es como si hubiera comido tantos dulces artificiales que hubiera perdido el gusto por la miel.—

El Dr. Whitmore se recostó en su silla y estudió a su paciente con la mirada clínica que había perfeccionado a lo largo de décadas de práctica médica. —¿Ha considerado usted la posibilidad de que su enfermedad no sea la incapacidad de sentir, sino la incapacidad de aceptar lo que siente?—

—¿Qué quiere decir?—

—Que quizás sus emociones sean auténticas, pero usted las rechaza porque le parecen insuficientemente originales. Es lo que yo llamo el mal del refinamiento: cuando uno se vuelve tan exquisito que ya no puede disfrutar de los placeres comunes.—

—¿Y cuál sería el tratamiento?—

—Tendría que aprender a aceptar la mediocridad emocional. Permitirse sentir cosas ordinarias: alegría simple, tristeza sin artificio, amor sin literatura.—

Plankett sintió un estremecimiento de horror ante la sugerencia. — Doctor, eso sería como pedirle a un virtuoso del violín que toque melodías callejeras.—

—Exactamente,— sonrió el Dr. Whitmore, —pero a veces las melodías callejeras son las únicas que pueden salvar el alma de un virtuoso.—

—¿Y si yo prefiriera seguir enfermo antes que curarme con remedios tan... vulgares?—

—Entonces tendría que preguntarle por qué ha venido a consultarme. Un hombre que prefiere su enfermedad a su cura no necesita médico; necesita público.—

La observación golpeó a Plankett como un bisturí bien dirigido. Por un momento, la máscara de Mr. Blackwood pareció resquebrajarse, y el doctor vislumbró algo que lo intrigó profundamente.

—¿Sabe usted,— continuó el Dr. Whitmore con la voz suave de quien se acerca a un diagnóstico importante, —lo que me resulta más curioso de su caso? Que viene a consultarme disfrazado.—

—¿Disfrazado?— preguntó Plankett, tratando de mantener la compostura de su personaje.

—Mi querido señor, llevo treinta años tratando con todo tipo de pacientes. Conozco la diferencia entre un comerciante auténtico y un actor que representa a un comerciante. Su disfraz es perfecto, pero su neurosis lo traiciona.—

—¿Mi neurosis?—

—Solo un actor consumado tendría la necesidad de actuar incluso cuando viene a pedir ayuda para dejar de actuar. Es la paradoja más hermosa que he encontrado en mi consulta.—

Plankett permaneció en silencio por un momento, como si estuviera decidiendo si continuar con la representación o abandonarla. Finalmente, con un gesto que era al mismo tiempo de derrota y de alivio, se quitó el sombrero y se pasó la mano por el cabello de una manera que era inequívocamente suya.

—¿Cómo lo supo?—

—Por sus manos,— respondió el doctor, —las manos de un comerciante están marcadas por el trabajo; las tuyas están marcadas por el arte. Además, ningún hombre de negocios utilizaría metáforas tan elaboradas para describir sus síntomas.—

—¿Y eso cambia su diagnóstico?—

—Lo complica. Porque ahora debo preguntarle: ¿vino usted a consultarme sobre su incapacidad de sentir, o sobre su incapacidad de dejar de actuar?—

—¿Acaso no son la misma cosa?—

—Posiblemente. Pero la diferencia es crucial para el tratamiento. Si el problema es que no puede sentir, la cura es aprender a sentir. Si el problema es que no puede dejar de actuar, la cura es aprender a ser.—

—¿Y cuál es la diferencia entre sentir y ser?—

—Sentir es experimentar emociones. Ser es existir sin necesidad de justificar esa existencia ante nadie, ni siquiera ante uno mismo.—

Plankett se levantó y caminó hacia la ventana que daba a Harley Street. Abajo, Londres continuaba su existencia con esa obstinación que caracteriza a las grandes ciudades, indiferente a las crisis espirituales que se desarrollaban en los consultorios médicos.

—Doctor,— dijo sin volverse, —¿ha considerado usted la posibilidad de que algunos hombres estén condenados a actuar? ¿Que para ellos, dejar de actuar sería como dejar de respirar?—

—He considerado esa posibilidad,— respondió el Dr. Whitmore, —pero entonces tendría que preguntarle: ¿es usted un hombre que actúa, o un actor que vive?—

—¿Cuál sería la diferencia?—

—Un hombre que actúa conserva la posibilidad de elegir dejar de hacerlo. Un actor que vive ha perdido esa posibilidad.—

—¿Y en cuál de las dos categorías me incluiría usted?—

—Creo,— dijo el doctor después de una pausa reflexiva, —que usted es un actor que vive, pero que conserva la memoria de haber sido un hombre que actuaba. Es esa memoria la que le causa sufrimiento.—

—¿Y cuál sería el tratamiento?—

—Tendría que elegir entre olvidar completamente esa memoria o recuperar completamente esa capacidad de elección. Cualquier posición intermedia lo mantendrá en su actual estado de sufrimiento refinado.—

—¿Y usted qué me recomendaría?—

—Como médico, le recomendaría que recuperara su capacidad de elección. Como hombre de mundo, le diría que el sufrimiento refinado es preferible a la felicidad vulgar.—

—¿Y cómo amigo?—

—Como amigo,— sonrió el Dr. Whitmore, —le diría que viniera a cenar el próximo viernes. Mi esposa es una excelente cocinera, y tengo la impresión de que usted necesita una velada donde pueda ser simplemente un invitado, no un intérprete.—

Plankett regresó a su silla y estudió al doctor con una expresión que era al mismo tiempo agradecida y escéptica. —¿Cree usted realmente que una simple cena podría comenzar a curarme?—

—Creo que la curación comienza cuando un hombre acepta ser visto tal como es, sin máscaras ni disfraces. Mi comedor es un lugar donde eso es posible.—

—¿Y qué le hace pensar que yo deseo ser visto tal como soy?—

—El hecho de que haya venido a consultarme, aunque fuera disfrazado. Un hombre que realmente no quisiera ser visto nunca vendría a pedir ayuda.—

—Es usted muy perspicaz, doctor.—

—Es mi profesión. Pero también es mi placer. Casos como el suyo son los que hacen que la medicina sea un arte, no solo una ciencia.—

Plankett se puso en pie para despedirse, pero antes de dirigirse a la puerta se volvió hacia el doctor con una pregunta que había estado formándose en su mente durante toda la consulta.

—Doctor, ¿cree usted que existe la posibilidad de que un hombre se cure de sí mismo?—

—¿Se refiere a la posibilidad de cambiar de naturaleza?—

—Me refiero a la posibilidad de aceptar su naturaleza sin sufrimiento.—

—Ah,— sonrió el Dr. Whitmore, —esa es una pregunta diferente. Y la respuesta es sí, pero requiere una forma muy particular de coraje.—

—¿Qué tipo de coraje?—

—El coraje de ser imperfecto. Es el más difícil de todos los corajes, porque requiere renunciar a la admiración de otros y contentarse con la aceptación de uno mismo.—

—¿Y usted cree que yo poseo ese tipo de coraje?—

—Creo que usted posee todos los tipos de coraje, excepto ese. Pero también creo que es el único que realmente necesita.—

Plankett salió del consultorio con la sensación de haber sido simultáneamente diagnosticado y desafiado. Mientras caminaba por Harley Street hacia Piccadilly, se preguntaba si el Dr. Whitmore había sido realmente un médico o si había sido, sin saberlo, otro actor en el gran teatro de su vida.

Pero por primera vez en muchos años, la pregunta no le causó ansiedad sino curiosidad. Y la curiosidad, como había aprendido hacía mucho tiempo, era el primer síntoma de que algo estaba comenzando a cambiar.

Capítulo 5

La Revelación del Secreto

Había en el consultorio del Dr. Whitmore una cualidad del silencio que Plankett no encontraba en ningún otro lugar de Londres. No era el silencio del vacío, sino el de la atención sostenida: el silencio de alguien que espera sin prisa porque sabe que lo que vendrá valdrá la espera. Era el mismo silencio que precede al momento en que el telón sube y el público, sin saber todavía qué verá, ya se ha rendido.

Plankett llevaba diez minutos junto a la ventana sin haber pronunciado una sola palabra. Abajo, Harley Street seguía con su rutina de carruajes y paraguas y sombreros de copa, indiferente a la pequeña catástrofe que se estaba gestando en el tercer piso. La niebla londinense transformaba los faroles en manchas amarillas, y Plankett pensó, como tantas veces, que la ciudad entera parecía diseñada para el disimulo: un lugar donde la luz nunca llegaba del todo a ningún lado, donde todo tenía contornos borrosos, donde uno podía pasar décadas sin que nadie viera claramente su cara.

Él había prosperado en esa ciudad.

El problema era que el Dr. Whitmore veía con claridad.

El silencio que siguió a la revelación del médico se extendió por el consultorio como una melodía inacabada que busca su resolución. Plankett permaneció inmóvil junto a la ventana, contemplando cómo la niebla londinense transformaba la realidad en algo etéreo e incierto, tal como él había transformado su propia identidad en una sucesión de máscaras perfectamente ajustadas.

—Doctor —dijo finalmente, sin volverse hacia él—, me ha puesto usted en una situación deliciosamente incómoda. Después de años de perfeccionar el arte del disfraz, descubro que soy transparente para quien sabe mirar.

—Mi querido Plankett —respondió el Dr. Whitmore con esa sonrisa que los médicos reservan para sus diagnósticos más brillantes—, la transparencia es el lujo más costoso del mundo. Solo los muy ricos o los muy desesperados pueden permitírsela.

—¿Y en cuál de las dos categorías me incluye usted?

—Creo que usted es lo suficientemente rico como para permitirse la desesperación, y lo suficientemente desesperado como para permitirse la riqueza. Es una combinación fascinante.

Plankett dejó escapar algo que a medias era una risa y a medias era el sonido que hace un hombre cuando reconoce que ha sido descubierto en un error que cometió voluntariamente. Se volvió hacia el doctor con un gesto que era al mismo tiempo teatral y auténtico, como si hubiera decidido que la única manera de ser genuino era siendo deliberadamente dramático.

—¿Sabe usted por qué vine realmente a consultarle?

—Ilumíneme.

—Porque necesitaba un espejo que no fuera de cristal. Los espejos de cristal me devuelven mi imagen; usted me devuelve mi alma. Y hay días en que no estoy seguro de cuál de las dos prefiero ver.

El Dr. Whitmore se recostó en su silla, estudiando a su paciente con la fascinación de un naturalista que ha descubierto una especie nueva y particularmente hermosa de mariposa.

—¿Ha considerado usted la posibilidad de que su alma y su imagen sean la misma cosa?

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que quizás usted no esté representando una vida, sino viviendo una representación. Que su arte no sea una máscara que oculta su naturaleza, sino la expresión más pura de ella.

Plankett sintió que algo se movía en su interior: no el malestar habitual que producían las conversaciones incómodas, sino algo más parecido al reconocimiento. Como cuando uno lleva años buscando una palabra y de pronto alguien la pronuncia y uno comprende que la conocía desde siempre, que solo necesitaba escucharla dicha en voz alta para saber que era la suya.

—Es una idea seductora, doctor, pero también aterradora. Porque si es cierta, significaría que no tengo nada que ocultar, lo cual es infinitamente más perturbador que tener algo que revelar.

—¿Por qué?

—Porque el misterio es el último refugio de la elegancia. Un hombre sin secretos es como un libro sin páginas en blanco: técnicamente completo, pero espiritualmente agotado.

El Dr. Whitmore se levantó y caminó hacia su biblioteca, donde seleccionó un volumen encuadernado en cuero rojo. Plankett lo observó moverse con esa economía de gestos que tienen los hombres que nunca actúan porque nunca necesitan convencer a nadie de nada.

—¿Conoce usted este libro? Es un tratado sobre las enfermedades del alma escrito por un médico francés del siglo pasado.

—¿Qué dice sobre mi condición?

—Dice que hay hombres que nacen con el alma del revés, como guantes que han sido volteados. Para ellos, lo que otros llaman artificio es naturalidad, y lo que otros llaman naturalidad es artificio.

—¿Y cómo se cura a un hombre con el alma del revés?

—No se cura. Se acepta. Porque intentar darle la vuelta sería como pedirle a un zorro que se convierta en doméstico: técnicamente posible, pero espiritualmente destructivo.

Plankett recibió estas palabras como un actor recibe el aplauso: con gratitud mezclada con la sospecha de que quizás no lo merece completamente.

—Doctor, ¿está usted sugiriendo que mi enfermedad es, en realidad, mi salud?

—Estoy sugiriendo que su enfermedad es su naturaleza, y que su naturaleza es su arte. La pregunta no es cómo curarlo, sino cómo perfeccionarlo.

—¿Y cómo se perfecciona una naturaleza artificial?

—Siendo artificialmente natural. Es la paradoja más hermosa que conozco: solo siendo completamente falso puede usted ser completamente auténtico.

—¿Pero no es eso precisamente lo que he estado haciendo toda mi vida?

—No —respondió el Dr. Whitmore con una sonrisa que era al mismo tiempo maternal y cruel—. Usted ha estado tratando de ser auténticamente artificial. Es exactamente lo contrario.

—No comprendo la diferencia.

—La diferencia es que cuando uno trata de ser auténticamente artificial, sufre porque siente que está traicionando su naturaleza. Cuando uno es artificialmente natural, disfruta porque está expresando su naturaleza.

Plankett se acercó al escritorio del doctor y se apoyó en él con un gesto que era al mismo tiempo casual y calculado. Necesitaba estar más cerca. No del médico, sino de lo que el médico decía: acercarse físicamente como si la proximidad pudiera hacer que las palabras penetraran más hondo, llegaran antes al lugar donde dolían.

—¿Sabe usted por qué me dediqué al teatro?

—Porque es el único lugar donde un hombre puede ser completamente honesto siendo completamente falso.

—Exactamente. En el escenario, mis emociones fingidas son más verdaderas que mis emociones reales. Mis lágrimas artificiales son más auténticas que mi alegría natural.

—¿Y eso le causa sufrimiento?

—Me causa una forma muy particular de placer: el placer de ser perfectamente imperfecto. Es como ser un virtuoso de la mentira, un maestro de la falsedad.

El Dr. Whitmore se acercó a la ventana y contempló la calle con la expresión de quien ha llegado a una conclusión importante. No había prisa en su silencio. Plankett entendió que el médico estaba eligiendo sus palabras con el cuidado con que un cirujano elige el instrumento: no el más rápido ni el más brillante, sino el más preciso.

—¿Sabe usted cuál es su verdadero problema, Plankett?

—Ilumíneme.

—Su problema no es que no pueda ser auténtico. Su problema es que no puede aceptar que su forma de autenticidad es inaceptable para el mundo.

—¿Qué quiere decir?

—Que el mundo espera que los hombres sean naturalmente buenos y artificialmente interesantes. Usted es naturalmente interesante y artificialmente bueno. Es una inversión que perturba a quienes se han acostumbrado al orden convencional.

—¿Y usted cree que debería cambiar para adaptarme al mundo?

—Creo que debería cambiar el mundo para que se adapte a usted. Es infinitamente más interesante.

—¿Y cómo se cambia el mundo?

—Siendo tan perfectamente usted mismo que el mundo no tenga más remedio que aceptar que existe una forma diferente de ser humano.

Plankett se dirigió hacia la puerta. Era el gesto de quien ha recibido suficiente, de quien necesita salir a respirar antes de que lo dicho se le vuelva demasiado real, demasiado cercano a alguna verdad que había pasado décadas manteniendo a distancia segura. Pero antes de abrirla se volvió hacia el doctor con una pregunta que había estado formándose en su mente durante toda la conversación, ganando peso con cada intercambio, acumulándose como se acumula el agua detrás de una presa.

—Doctor, ¿cree usted que existe la posibilidad de que un hombre se enamore de su propia máscara?

—¿Se refiere a la posibilidad de que usted se enamore de su propia artificialidad?

—Me refiero a la posibilidad de que mi máscara sea más hermosa que mi rostro.

—Ah —sonrió el Dr. Whitmore—, esa es una pregunta diferente. Y la respuesta es que si su máscara es más hermosa que su rostro, entonces su máscara es su rostro.

—¿Y eso no le parece perverso?

—Me parece extraordinario. La perversión sería que un hombre con una máscara hermosa se obstinara en mostrar un rostro vulgar.

—¿Pero no existe el peligro de que un hombre se pierda en su propia representación?

—Existe el peligro de que un hombre se encuentre en su propia representación. Es un peligro infinitamente más hermoso.

—¿Y usted cree que ese es mi caso?

—Creo que usted es un hombre que se ha encontrado a sí mismo en el arte de perderse. Es la forma más sofisticada de autoconocimiento que conozco.

Plankett abrió la puerta, pero antes de salir se volvió una última vez hacia el doctor.

—¿Sabe usted por qué vine realmente a consultarle?

—Porque necesitaba que alguien le dijera que no está enfermo.

—Exactamente. Y ahora que me lo ha dicho, descubro que prefería estar enfermo. La salud es terriblemente aburrida.

—Entonces —respondió el Dr. Whitmore con la sonrisa de quien ha completado un diagnóstico perfecto—, permítame recetarle la enfermedad más hermosa del mundo: la enfermedad de ser completamente usted mismo.

—¿Y cuáles son los síntomas?

—La incapacidad de ser otra cosa que extraordinario.

—¿Y el pronóstico?

—Incurable. Pero deliciosamente incurable.

Plankett salió del consultorio con la sensación de haber sido simultáneamente curado y confirmado en su enfermedad. Mientras caminaba por Harley Street hacia Piccadilly, se preguntaba si el Dr. Whitmore había sido realmente un médico o si había sido, sin saberlo, el crítico más perspicaz que había encontrado jamás.

La niebla seguía igual. Los faroles, las mismas manchas amarillas. El mismo Londres de siempre, indiferente y borroso. Pero Plankett caminaba de manera distinta, con el paso ligeramente más lento de quien no tiene ya ninguna prisa por llegar a ningún lado porque, por primera vez en muchos años, ya estaba exactamente donde necesitaba estar.

Pero por primera vez en muchos años, la pregunta no le causó ansiedad sino deleite. Y el deleite, como había aprendido hacía mucho tiempo, era el primer síntoma de que había encontrado exactamente lo que no sabía que estaba buscando.

Al llegar a su apartamento, se dirigió directamente al espejo veneciano y se contempló con una sonrisa que era al mismo tiempo de triunfo y de rendición.

—¿Quién eres? —le preguntó a su reflejo por tercera vez en una semana. Esta vez, el reflejo le respondió con una sonrisa que era completamente suya.

—Soy quien he elegido ser, y he elegido ser quien soy.

Era la respuesta más artificial que había dado nunca, y por eso mismo, la más auténtica.

Capítulo 6

La Paradoja de la Máscara

El Teatro Real de Drury Lane se alzaba en la noche londinense como una joya engastada en terciopelo negro, sus ventanas iluminadas parpadeando con esa luz dorada que solo poseen los templos dedicados al arte de la ilusión. Era una de esas noches de octubre en que el aire

llevaba el aroma de las hojas muertas mezclado con el perfume de las damas elegantes y el humo de los puros caros, creando esa atmósfera única que hace que Londres parezca el escenario perfecto para las grandes representaciones de la vida.

Plankett se encontraba en su camerino, ese santuario privado donde los actores se transforman de mortales en dioses, rodeado de espejos que multiplicaban su imagen hasta el infinito, como si fuera un caleidoscopio humano. Esta noche interpretaba el papel de Lord Darlington en —El Abanico de Lady Windermere—, un personaje que le quedaba como un guante hecho a la medida de su alma: elegante, cínico, encantador y ligeramente perverso.

Mientras se aplicaba el maquillaje con la precisión de un pintor que perfecciona su obra maestra, reflexionaba sobre la extraña revelación que había experimentado tras su consulta con el Dr. Whitmore. Era curioso cómo las palabras del médico habían logrado algo que años de introspección no habían conseguido: no lo habían curado de su artificialidad, sino que lo habían convencido de que su artificialidad era su cura.

—La paradoja más hermosa,— murmuró mientras se aplicaba un toque de rouge en las mejillas, —es que soy más auténtico cuando miento que cuando digo la verdad. En el escenario, mi falsedad es genuina; en la vida, mi sinceridad es teatral.—

Un golpe suave en la puerta interrumpió sus reflexiones. Era Mrs. Belmont, la encargada del vestuario, una mujer de mediana edad cuya vida había transcurrido entre sedas y terciopelos, y que había desarrollado esa sabiduría particular que solo poseen quienes han visto a miles de personas transformarse en otras personas.

—Mr. Plankett,— dijo con esa voz que había aprendido a modular para no interferir con la concentración de los actores, —hay una joven que desea conocerle. Dice que es una admiradora de su trabajo.—

—¿Una admiradora?— Plankett alzó una ceja con esa expresión de curiosidad refinada que había perfeccionado hasta convertirla en una forma de arte. —¿Y qué tipo de admiradora es? ¿De las que admiran desde la distancia respetuosa o de las que admiran desde la proximidad peligrosa?—

—Del tipo que admira con inteligencia, diría yo. Es una joven actriz, Miss Vivian Ashford. Dice que ha estudiado todas sus interpretaciones.—

El nombre le resultó vagamente familiar. Vivian Ashford... había oído hablar de ella en los círculos teatrales como una de esas jóvenes prometedoras que aparecen de vez en cuando en el firmamento teatral como estrellas nuevas, brillantes y llenas de posibilidades.

—Hágala pasar,— dijo Plankett, ajustándose el chaleco con ese gesto que había perfeccionado hasta convertirlo en una declaración de principios estéticos. —Pero adviértale que estoy en estado de

metamorfosis. Puede que encuentre a Lord Darlington en lugar de a Plankett.—

—¿Y cuál sería la diferencia?— preguntó Mrs. Belmont con una sonrisa que sugería que había hecho esa pregunta antes.

—Que Lord Darlington es honesto sobre su deshonestidad, mientras que Plankett es deshonesto sobre su honestidad. Es una diferencia sutil pero crucial.—

Mrs. Belmont se retiró con esa discreción que caracteriza a quienes han aprendido a ser invisibles en el mundo visible del teatro. Momentos después, la puerta se abrió nuevamente para dar paso a una joven que parecía haber sido diseñada por un artista que había decidido crear la encarnación perfecta de la belleza intelectual.

Vivian Ashford tenía esa edad indefinible que oscila entre los veinte y los treinta años, cuando una mujer ha perdido la frescura de la juventud pero aún no ha adquirido la sabiduría de la madurez. Sus ojos verdes tenían esa intensidad que caracteriza a quienes han elegido vivir a través del arte, y su manera de moverse sugería que había estudiado no solo el teatro, sino la vida misma como si fuera una representación que debía ser interpretada a la perfección.

—Mr. Plankett,— dijo con una voz que era al mismo tiempo tímida y segura, —espero que perdone mi intrusión. Soy Vivian Ashford, y he venido a decirle que usted ha cambiado mi percepción del arte teatral.—

—¿En qué sentido?— preguntó Plankett, volviéndose hacia ella con esa sonrisa que había perfeccionado hasta convertirla en un instrumento de seducción intelectual.

—En el sentido de que me ha enseñado que la sinceridad en el arte no consiste en ser uno mismo, sino en ser perfectamente el personaje que se está interpretando. Que la autenticidad teatral es lo opuesto a la autenticidad personal.—

—Es una observación brillante,— respondió Plankett, genuinamente impresionado. —La mayoría de los actores cometen el error de tratar de ser sinceros cuando deberían tratar de ser convincentes. Son dos cosas completamente diferentes.—

—¿Pero no existe el peligro de perderse en la representación?—

—Existe el peligro de encontrarse en la representación, que es infinitamente más hermoso. ¿Sabe usted cuál es la diferencia entre un actor mediocre y un actor extraordinario?—

—Ilumíneme.—

—El actor mediocre utiliza su personalidad para interpretar al personaje. El actor extraordinario utiliza al personaje para interpretar su personalidad. Es la diferencia entre usar una máscara para ocultar el rostro y usar el rostro para perfeccionar la máscara.—

Vivian se acercó al espejo donde Plankett había estado aplicándose el maquillaje y estudió su propio reflejo con la intensidad de quien está

tratando de resolver un problema filosófico. —¿Cree usted que existe la posibilidad de que un actor se enamore de su propia representación?—

—No solo existe la posibilidad,— respondió Plankett con una sonrisa que era al mismo tiempo confesión y desafío, —sino que es inevitable. El actor que no se enamora de su propia representación está condenado a ser eternamente mediocre.—

—¿Pero no es eso una forma de narcisismo?—

—Es la forma más refinada de narcisismo: enamorarse no de lo que uno es, sino de lo que uno puede llegar a ser. Es amar la potencialidad en lugar de la realidad.—

—¿Y usted se ha enamorado de su propia representación?—

—Me he enamorado de la idea de que mi representación es más interesante que mi realidad. Es una forma muy sofisticada de autoconocimiento.—

Vivian se volvió hacia él con una expresión que era al mismo tiempo admirativa y preocupada. —¿Es usted feliz, Mr. Plankett?—

La pregunta golpeó a Plankett como una flecha bien dirigida. Era la primera vez en años que alguien le preguntaba sobre su felicidad, y descubrió que no tenía una respuesta preparada.

—La felicidad,— dijo finalmente, —es para los mediocres, querida. Los artistas tenemos algo mejor: la intensidad.—

—¿Y la intensidad es suficiente?—

—La intensidad es lo único que vale la pena. La felicidad es un estado; la intensidad es una forma de vida. Prefiero estar intensamente triste que felizmente aburrido.—

—¿Pero no extraña usted la simplicidad?—

—Extraño la idea de la simplicidad, pero sospecho que si la experimentara, la encontraría insoportablemente insulsa. Soy como un hombre que ha desarrollado un paladar tan refinado que ya no puede disfrutar de la comida simple.—

—¿Y no hay cura para esa condición?—

—La cura sería peor que la enfermedad. Imagínese: despertar una mañana y descubrir que encuentra placer en las cosas ordinarias, que se conforma con emociones comunes, que está satisfecho con pensamientos pedestres. Sería como despertar convertido en otra persona.—

—¿Pero acaso no sería una persona más feliz?—

—Sería una persona más feliz, pero menos interesante. Y prefiero ser interesantemente miserable que felizmente aburrido.—

Vivian se acercó a él con un gesto que era al mismo tiempo maternal y seductor. —¿Sabe usted lo que me fascina de usted, Mr. Plankett?—

—¿Qué?—

—Que ha convertido su vida en una obra de arte tan perfecta que ya no puede distinguir entre el artista y la obra. Es fascinante y terrible al mismo tiempo.—

—¿Terrible?—

—Terrible porque sugiere que la vida puede ser vivida como una representación permanente. Que la autenticidad es opcional.—

—¿Y eso le parece moralmente reprensible?—

—Me parece estéticamente extraordinario. Pero me pregunto si es humanamente sostenible.—

—¿Qué quiere decir?—

—Que incluso el actor más consumado necesita momentos de descanso entre representaciones. Momentos donde puede ser simplemente humano.—

—¿Y si yo le dijera que mis momentos de descanso son cuando estoy representando? Que para mí, actuar es descansar de la terrible obligación de ser auténtico.—

—Entonces diría que usted ha logrado algo extraordinario: convertir el artificio en naturaleza.—

—¿Y eso le parece admirable?—

—Me parece único. Y lo único siempre es admirable, incluso cuando es perturbador.—

La conversación fue interrumpida por la campana que anunciaba el comienzo de la representación. Plankett se levantó y se dirigió hacia la puerta, pero antes de salir se volvió hacia Vivian con una pregunta que había estado formándose en su mente durante toda la conversación.

—¿Sabe usted por qué me dediqué realmente al teatro?—

—¿Por qué?—

—Porque es el único lugar donde puedo ser completamente honesto siendo completamente falso. Donde mis emociones fingidas son más auténticas que mis emociones reales.—

—¿Y eso no le causa conflicto?—

—Me causa una forma muy particular de paz: la paz de haber encontrado el lugar donde mi naturaleza artificial puede expresarse naturalmente.—

—¿Y cree usted que yo podría encontrar esa misma paz?—

—Creo que usted ya la ha encontrado. La diferencia es que usted todavía lucha contra ella, mientras que yo he aprendido a disfrutarla.—

—¿Y cuál sería su consejo?—

—Que deje de luchar contra su naturaleza artística y permita que su naturaleza artística luche contra el mundo. Es infinitamente más divertido.—

Plankett salió del camerino dejando tras de sí esa sensación de perturbación intelectual que solo producen las conversaciones verdaderamente importantes. Mientras caminaba hacia el escenario, se preguntaba si había encontrado en Vivian Ashford a una discípula o a una rival, y descubrió que ambas posibilidades le parecían igualmente seductoras.

Al salir a escena, transformado completamente en Lord Darlington, sintió esa familiar sensación de liberación que solo experimentaba cuando dejaba de ser Plankett para convertirse en alguien más interesante. Era la paradoja más hermosa de su existencia: solo cuando dejaba de ser él mismo podía ser completamente auténtico.

Y por primera vez en muchos años, esa paradoja no le causó ansiedad sino deleite puro. Era el deleite de haber encontrado, finalmente, a alguien que podía comprender que la máscara no oculta el alma sino que la revela en toda su artificial perfección.

Capítulo 7

El Cementerio de los Sueños

La niebla matutina se alzaba desde las colinas de Highgate como el aliento de fantasmas nostálgicos, envolviendo las lápidas victorianas en una gasa etérea que transformaba el cementerio en un escenario digno de la representación más sublime de la muerte. Plankett caminaba por los senderos serpenteantes entre los monumentos funerarios, cada uno más dramático que el anterior, como si los muertos hubieran decidido competir en elegancia incluso desde el más allá.

Era una de esas mañanas de noviembre cuando Londres se viste de melancolía, y el aire llevaba ese aroma particular que mezcla las hojas húmedas con el incienso de las ceremonias fúnebres y el perfume desvanecido de las flores marchitas. Plankett había elegido este lugar para su paseo matutino no por morbosidad, sino por esa curiosa necesidad que tienen los artistas de alimentarse de la belleza trágica, como si la proximidad de la muerte fuera un condimento necesario para saborear plenamente la vida.

Vestía su abrigo negro de lana más fina, no por respeto a los muertos sino por respeto a la estética del momento. Había aprendido hacía mucho tiempo que incluso los encuentros con la mortalidad debían ser representados con el vestuario apropiado, y que la muerte, siendo el drama más grande de todos, merecía al menos el honor de ser enfrentada con elegancia.

Mientras deambulaba entre las tumbas, deteniéndose ocasionalmente para leer las inscripciones con esa mezcla de curiosidad y superioridad que caracteriza a quienes se sienten inmortales, se topó con un monumento particular que captó su atención: una lápida de mármol irlandés, adornada con un ángel que parecía más rebelde que celestial,

y grabada con una inscripción que rezaba: —Oscar Wilde, 1854-1900. Y nada, nada más.—

—¿Nada más?— murmuró Plankett con una sonrisa que era al mismo tiempo reverente y burlona. —¿Cómo puede un hombre que convirtió el lenguaje en champán contentarse con 'nada más'?—

Para su sorpresa, una voz familiar pareció responder desde la neblina que rodeaba la tumba, con ese acento dublinés que había hecho temblar los salones de Londres: —Porque, querido mío, cuando se ha dicho todo lo que vale la pena decir, lo único que queda es el silencio. Y el silencio, como bien sabe usted, es la forma más elocuente de la conversación.—

Plankett se volvió y, con esa capacidad que tienen los artistas para crear realidades alternativas, vio la figura de Oscar Wilde recostada elegantemente contra su propia lápida, vestido con el traje de terciopelo que había usado en sus mejores días, fumando un cigarrillo egipcio con esa languidez que había sido su marca distintiva.

—¿Oscar?— preguntó Plankett, sin sorprenderse demasiado por la aparición. Después de todo, si uno ha decidido que la vida es teatro, los fantasmas elegantes no son más que actores especializados en papeles eternos.

—El mismo,— respondió Wilde con una sonrisa que conservaba toda su malicia intacta. —Aunque debo admitir que la muerte ha mejorado considerablemente mi perspectiva sobre la vida. Es extraordinario cómo la inmortalidad te permite ver la mortalidad con más claridad.—

—¿Es usted realmente Oscar Wilde o soy yo quien está inventando esta conversación?—

—¿Cuál sería la diferencia? Si soy real, entonces usted está teniendo una conversación con un muerto. Si soy inventado, entonces usted está teniendo una conversación consigo mismo. En ambos casos, es la clase de conversación que vale la pena tener.—

Plankett se acercó a la tumba y se sentó en un banco de piedra que parecía haber sido colocado allí específicamente para este tipo de encuentros imposibles. —¿Cómo es la muerte, Oscar?—

—Es la única cosa seria de la vida, por eso debemos tomarla con humor. Es como el matrimonio: todo el mundo habla de ella, pero nadie la entiende realmente hasta que la experimenta. Y una vez que la experimentas, ya es demasiado tarde para quejarse.—

—¿Pero qué se siente al dejar de existir?—

—Ah, querido mío, ahí está su error. Yo no he dejado de existir; simplemente he cambiado de audiencia. Antes actuaba para los vivos, ahora actúo para los muertos. Es un público más agradecido: nunca silban y jamás se retiran antes del final.—

—¿Y no extraña usted la vida?—

—Extraño la idea de la vida, pero no la realidad de la vida. La vida es terriblemente agotadora: siempre exigiendo que uno sea coherente, que

uno tenga propósitos, que uno justifique cada paradoja. La muerte es infinitamente más relajante: permite que uno sea completamente inconsistente sin consecuencias.—

Plankett contempló la niebla que se arremolinaba entre las lápidas como si fuera el humo de cigarrillos fantasmales. —¿Cree usted que yo estoy viviendo o representando?—

—Está representando la vida tan perfectamente que se ha convertido en vida. Es el logro más extraordinario que conozco: convertir el artificio en naturaleza.—

—¿Pero no hay peligro en eso?—

—El único peligro es el aburrimiento. Y usted, querido mío, es muchas cosas, pero aburrido no es una de ellas.—

—¿Y qué hay del dolor? ¿No se convierte el dolor en algo artificial cuando se lo representa constantemente?—

—El dolor representado es más hermoso que el dolor real, porque el dolor real es caótico y el dolor representado es estético. Cuando uno convierte el sufrimiento en arte, lo redime.—

—¿Como usted hizo con su prisión?—

—Exactamente. 'De Profundis' no fue el lamento de un hombre destruido, sino la sinfonía de un artista que había encontrado en la destrucción la materia prima para su obra más profunda.—

Plankett se levantó y comenzó a caminar entre las tumbas, seguido por la figura etérea de Wilde que parecía flotar más que caminar. —¿Sabe usted por qué vine aquí esta mañana?—

—Porque necesitaba una conversación con alguien que hubiera transformado completamente la vida en arte, y descubrió que los únicos que han logrado eso están muertos.—

—¿Y eso le parece triste?—

—Me parece perfectamente lógico. La vida es demasiado importante para ser vivida por los vivos. Los muertos la apreciamos mucho más.—

Se detuvieron ante una tumba más modesta, marcada simplemente con las iniciales —M.P.— y las fechas —1820-1890—. Plankett se arrodilló y colocó un ramo de violetas que había traído consigo.

—¿Su madre?— preguntó Wilde con una delicadeza que contrastaba con su habitual frivolidad.

—La única persona que me vio sin máscaras y no se sintió decepcionada.—

—¿Y qué le diría ella ahora?—

—Que he convertido mi vida en una obra de arte tan perfecta que ya no necesito su aprobación. Que he encontrado mi propia forma de inmortalidad.—

—¿Y usted le creería?—

—Le creería que me ama lo suficiente como para permitirme ser quien he elegido ser, incluso si eso significa ser artificialmente auténtico.—

Wilde se sentó en el borde de la tumba con esa irreverencia que había caracterizado toda su existencia. —¿Sabe usted cuál es la diferencia entre los vivos y los muertos?—

—¿Cuál?—

—Los vivos creen que la muerte es el final de la representación. Los muertos sabemos que es simplemente el comienzo de la crítica.—

—¿Y qué dicen los críticos de su representación?—

—Que fue demasiado breve, demasiado intensa y perfecta para ser completamente humana. Es exactamente la clase de crítica que esperaba.—

—¿Y qué cree que dirán de la mía?—

—Que fue la única representación completamente honesta de la deshonestidad. Que logró ser auténticamente artificial hasta el final.—

—¿Y eso le parece un epitafio apropiado?—

—Me parece el único epitafio que vale la pena tener.—

La niebla comenzó a disiparse, y con ella la figura de Wilde se volvió más translúcida. —¿Se va ya?— preguntó Plankett.

—Los fantasmas elegantes nunca se quedan demasiado tiempo en el mismo lugar. Es una cuestión de estilo.—

—¿Algún consejo final?—

—Que recuerde que la vida es demasiado importante para ser tomada en serio, y que la muerte es demasiado seria para ser tomada en vida. Y que cuando llegue su momento, asegúrese de que su epitafio sea más interesante que su biografía.—

—¿Cómo podría ser eso posible?—

—Porque las biografías cuentan lo que un hombre hizo, pero los epitafios revelan lo que un hombre era. Y usted, querido mío, es infinitamente más interesante que cualquier cosa que haya hecho.—

Con estas palabras, Wilde se desvaneció en la niebla matutina, dejando solo el aroma de los cigarrillos egipcios y el eco de una risa que había desafiado a la muerte con la misma elegancia con que había desafiado a la vida.

Plankett permaneció solo entre las tumbas, contemplando cómo la niebla se alzaba hacia el cielo como si fuera el alma de la ciudad ascendiendo hacia algún teatro celestial. Se preguntaba si la conversación había sido real o imaginaria, y descubrió que la pregunta no tenía importancia. Lo único que importaba era que había encontrado, finalmente, a alguien que entendía que la vida solo vale la pena ser vivida cuando se la convierte en arte.

Al salir del cementerio, se volvió una última vez hacia la tumba de su madre. —He encontrado mi camino,— le susurró al viento. —No es el camino que esperabas, pero es el único que me permite ser completamente quien soy.—

Y por primera vez en muchos años, sintió que su madre, donde quiera que estuviera, sonreía con esa sonrisa que había sido su primera audiencia y su crítica más benévola. Era la sonrisa de quien había entendido, desde el principio, que algunos hombres están destinados a vivir como obras de arte, y que esa destinación no es una maldición sino el regalo más hermoso que la vida puede ofrecer.

Mientras caminaba de regreso hacia el mundo de los vivos, Plankett llevaba consigo la certeza de que había encontrado en la muerte no el final de la representación, sino la confirmación de que su representación había sido, desde el principio, la única forma verdadera de vida que conocía.

Y esa certeza, como todo lo verdaderamente importante en su existencia, era al mismo tiempo completamente artificial y absolutamente auténtica.

Capítulo 8

La Sonrisa de la Medusa

El Teatro Haymarket resplandecía aquella noche de diciembre como una caja de joyas abierta bajo las estrellas, cada ventana iluminada proyectando rectángulos dorados sobre el pavimento húmedo de la calle. Era una de esas noches en que Londres se viste de gala para rendir homenaje al arte, cuando las damas más elegantes de la sociedad se adornan con sus mejores diamantes y los caballeros más distinguidos lucen sus fraques más impecables, creando esa atmósfera de refinamiento artificial que es el marco perfecto para las grandes comedias de la vida.

Plankett se encontraba en el pináculo de su carrera. Su interpretación de Algernon Moncrieff en —La Importancia de Llamarse Ernesto— había sido aclamada por la crítica como una obra maestra de la comedia moderna, y esta noche, en particular, prometía ser especial. La función estaba completamente agotada, y entre el público se encontraba lo más granado de la sociedad londinense: aristócratas, escritores, críticos teatrales y esas criaturas indefinibles que habitan en la frontera entre el arte y el escándalo.

Mientras se preparaba en su camerino, aplicándose el maquillaje con esa precisión que había convertido en ritual sagrado, Plankett contemplaba su reflejo en el espejo con una mezcla de satisfacción y melancolía. El éxito, había descubierto, era como un licor embriagador que dejaba un regusto amargo en la boca. Cada aplauso era simultáneamente una caricia y una bofetada, cada risa del público una confirmación de su genio y una evidencia de su vacío.

—¿Qué ironía más exquisita,— murmuró mientras se ajustaba el corbatín blanco, —que un hombre alcance la perfección interpretando a alguien que no es él, solo para descubrir que ya no recuerda quién era antes de comenzar a actuar.—

La primera campanada anunció el inicio de la función, y Plankett se dirigió hacia el escenario con esa mezcla de nerviosismo y exaltación que caracteriza a los artistas verdaderos. Al salir a las tablas, sintió esa familiar transformación: Plankett se desvanecía como el humo de un cigarrillo apagado, y en su lugar nacía Algernon, con toda su frivolidad encantadora y su cinismo elegante.

La función comenzó como un mecanismo de relojería perfectamente sincronizado. Cada línea de diálogo era entregada con la precisión de un maestro espadachín, cada gesto calculado para provocar el efecto deseado. Plankett había estudiado la comedia hasta memorizarla no solo en sus palabras, sino en sus silencios, en sus pausas, en esos momentos imperceptibles donde el humor se convierte en arte.

—¿Champán?— preguntó Algernon a su amigo Jack, y la manera en que Plankett pronunció la palabra—con esa mezcla de desdén aristocrático y desesperación oculta—provocó la primera oleada de risas. Era una risa cristalina, elegante, que se alzaba desde las butacas como una sinfonía de aprobación.

Pero mientras el público reía, Plankett experimentó una sensación extraña. Cada carcajada era como una pequeña daga que se clavaba en su alma, no porque fuera desagradable, sino porque era demasiado agradable. Era la risa de personas que no comprendían que estaban presenciando no solo una comedia, sino la tragedia de un hombre que había perfeccionado el arte de ser alguien más hasta el punto de haber perdido completamente la noción de quién era él mismo.

—Las mujeres solo llaman a uno querido cuando van a decir algo terrible,— declaró Algernon, y la sala estalló en una nueva oleada de risas. Plankett sintió cómo cada risa se convertía en una pequeña muerte, como si el público estuviera literalmente riéndose de su alma mientras él la ofrecía en sacrificio sobre el altar del entretenimiento.

Durante el intermedio, mientras se retocaba el maquillaje en su camerino, fue interrumpido por un golpe decidido en la puerta. Antes de que pudiera responder, entró una mujer que parecía haber sido tallada en mármol por un escultor que hubiera decidido crear la encarnación perfecta de la autoridad aristocrática.

Era Lady Bracknell—no la Lady Bracknell ficticia de la obra, sino Lady Catherine Bracknell, una de las matriarcas más formidables de la alta sociedad londinense. Era una mujer de edad indefinible, con esa belleza severa que poseen las mujeres que han aprendido a convertir la inteligencia en una forma de elegancia. Sus ojos grises tenían esa capacidad perturbadora de ver a través de las máscaras más

elaboradas, y su sonrisa sugería que había pasado su vida desenmascarando a hombres que creían ser más inteligentes que ella.

—Mr. Plankett,— dijo con una voz que tenía la autoridad de quien está acostumbrada a ser obedecida, —vengo a felicitarle por su interpretación. Es verdaderamente extraordinaria.—

—Lady Bracknell,— respondió Plankett, levantándose con esa cortesía que había perfeccionado hasta convertirla en un arte, —es un honor recibir el elogio de alguien cuyo nombre es sinónimo de buen gusto.—

—¿Buen gusto?— Lady Bracknell se acercó al espejo donde Plankett había estado aplicándose el maquillaje y estudió su reflejo con la intensidad de un científico que examina un espécimen fascinante. — Prefiero pensar que soy sinónimo de honestidad. Y la honestidad, querido mío, es una virtud terriblemente peligrosa en el mundo del teatro.—

—¿Peligrosa?—

—Porque permite que uno vea la verdad detrás de las máscaras. Y la verdad, como bien sabe usted, es el enemigo natural del arte.—

Plankett sintió un escalofrío que no tenía nada que ver con la temperatura del camerino. —¿Y qué verdad ve usted en mí, Lady Bracknell?—

—Veo a un hombre que ha alcanzado la perfección en el arte de ser alguien más, solo para descubrir que la perfección es una forma muy refinada de muerte.—

—¿Muerte?—

—Su sonrisa, querido Plankett, es hermosa pero peligrosa. Como todas las cosas hermosas. Es la sonrisa de la Medusa: petrifica a quienes la contemplan, pero también petrifica a quien la posee.—

—¿Qué quiere decir?—

—Que cada vez que el público ríe con usted, está riéndose de la muerte de Plankett y del nacimiento de Algernon. Y algún día, cuando Algernon sea completamente perfecto, Plankett habrá desaparecido por completo. —

La segunda campanada anunció el final del intermedio, pero Plankett no se movió. Estaba fascinado por esta mujer que parecía haber venido a pronunciar un diagnóstico que él había estado evitando enfrentar.

—¿Y usted cree que eso es malo?—

—Creo que es inevitable. Pero también creo que es una forma muy hermosa de suicidio. Usted se está matando lentamente con cada representación perfecta.—

—¿Pero no es mejor morir siendo perfecto que vivir siendo mediocre?—

—Esa es la pregunta incorrecta, querido. La pregunta correcta es: ¿no es mejor vivir siendo imperfectamente usted mismo que morir siendo perfectamente otro?—

Plankett se dirigió hacia la puerta, pero antes de salir se volvió hacia Lady Bracknell con una sonrisa que era al mismo tiempo desafío y rendición. —¿Sabe usted cuál es la diferencia entre la vida y el arte?—

—¿Cuál?—

—En la vida, uno sufre por ser imperfecto. En el arte, uno sufre por ser perfecto. Prefiero el sufrimiento del artista al sufrimiento del hombre común.—

—¿Y si le dijera que existe una tercera opción?—

—¿Cuál?—

—Ser perfectamente imperfecto. Ser artificialmente auténtico. Ser genuinamente falso.—

—¿Y cómo se logra eso?—

—Aceptando que la máscara es el rostro, y que el rostro es la máscara. Que la representación es la vida, y que la vida es la representación.—

Plankett salió del camerino con esas palabras resonando en su mente como las campanas de una catedral. Al volver al escenario para el segundo acto, sintió que algo había cambiado en su interpretación. Era como si hubiera encontrado una nueva dimensión en Algernon, o como si Algernon hubiera encontrado una nueva dimensión en él.

Cada línea de diálogo se cargó de una intensidad diferente. Cuando Algernon declaró: —En cuestiones de vital importancia, el estilo, no la sinceridad, es lo esencial,— Plankett sintió que no estaba interpretando el papel sino viviendo la filosofía.

El público reía con la misma intensidad, pero ahora Plankett experimentaba cada risa de manera diferente. Ya no eran dagas que se clavaban en su alma, sino gotas de un elixir que lo transformaba en algo más que humano. Era como si hubiera encontrado la fórmula secreta para convertir el dolor en placer, la muerte en vida, la artificialidad en autenticidad.

Al final de la función, cuando el telón cayó por última vez y los aplausos llenaron el teatro como una tormenta de aprobación, Plankett permaneció en el escenario unos momentos más de lo habitual. Contempló al público que se levantaba de sus asientos, gritando — ¡Bravo!— con esa pasión que solo el arte verdadero puede despertar, y sintió que había alcanzado algo que muy pocos artistas logran: la perfecta síntesis entre la vida y la representación.

Mientras se dirigía hacia su camerino, se cruzó con Lady Bracknell, que lo esperaba en el pasillo con una sonrisa que era al mismo tiempo aprobación y advertencia.

—¿Cómo se siente?— le preguntó.

—Como si hubiera encontrado finalmente la manera de estar completamente vivo estando completamente muerto.—

—¿Y eso le parece una victoria?—

—Me parece la única victoria que vale la pena obtener.—

—Entonces,— respondió Lady Bracknell con una sonrisa que era al mismo tiempo bendición y epitafio, —ha logrado lo que muy pocos hombres logran: convertir la muerte en un arte, y el arte en una forma de vida eterna.—

Al llegar a su camerino, Plankett se contempló en el espejo por última vez esa noche. Su reflejo le devolvió una sonrisa que era al mismo tiempo la sonrisa de Algernon y la sonrisa de Plankett, como si hubiera encontrado finalmente la manera de ser dos personas al mismo tiempo sin dejar de ser completamente él mismo.

Era la sonrisa de la Medusa: hermosa, peligrosa, y absolutamente perfecta. Era la sonrisa de un hombre que había aprendido que la única manera de vivir eternamente es morir un poco cada noche, y renacer cada mañana como una versión más perfecta de sí mismo.

Y por primera vez en su vida, esa paradoja no le causó dolor sino un placer tan intenso que casi se parecía a la felicidad. Casi.

Capítulo 9

El Carnaval de las Vanidades

La mansión de Lord Pemberton se alzaba en Mayfair como un palacio veneciano que hubiera decidido pasar el invierno en Londres, con sus ventanas doradas derramando luz sobre los jardines cubiertos de escarcha y sus balcones adornados con guirnaldas que parecían haber sido tejidas por las mismas hadas que decoraban los sueños de los poetas románticos. Era una de esas noches de enero cuando la alta sociedad londinense se congrega para celebrar el arte refinado de no hacer absolutamente nada con la mayor elegancia posible.

El baile de máscaras anual de Lord Pemberton había adquirido, a lo largo de los años, esa reputación legendaria que solo alcanzan los eventos donde el artificio se convierte en sinceridad y la sinceridad en el más peligroso de los artificios. Esta noche, en particular, prometía ser memorable, no solo por la magnificencia de la decoración —que había transformado los salones en una réplica del Carnaval de Venecia—, sino por la calidad de los invitados, cada uno más interesante que el anterior en esa competencia silenciosa pero feroz que caracteriza a las reuniones donde el aburrimiento es considerado un pecado capital.

Plankett llegó a la mansión vestido con un traje de terciopelo negro que había sido cortado por el mejor sastre de Savile Row, llevando una máscara dorada que había sido diseñada específicamente para realzar la ironía de sus ojos. Era una máscara que ocultaba todo excepto lo más importante: esa sonrisa que había perfeccionado hasta convertirla en su marca distintiva, esa sonrisa que sugería que conocía secretos que otros apenas se atrevían a sospechar.

—¿No es fascinante,— murmuró mientras subía la escalinata de mármol, —que necesitemos máscaras para ser honestos? Es como si la sociedad hubiera decidido que la verdad es demasiado peligrosa para ser mostrada a cara descubierta.—

Al entrar en el gran salón, se encontró sumergido en un mundo que parecía haber sido diseñado por un decorador que hubiera decidido que la realidad era demasiado vulgar para ser tolerada. Las paredes estaban cubiertas de tapices que representaban escenas de la mitología griega, con dioses y diosas que parecían más humanos que la mayoría de los invitados, y el techo había sido transformado en un cielo nocturno donde las estrellas brillaban con esa intensidad artificial que solo el arte puede lograr.

Los invitados se movían por el salón como figuras de un ballet elaborado, cada uno interpretando su papel con esa precisión que solo se alcanza cuando se ha practicado toda la vida el arte de ser alguien más. Las mujeres lucían vestidos que parecían haber sido tejidos con sueños de seda, y los hombres vestían fraques que les daban el aspecto de embajadores de países que existían solo en la imaginación.

—Mr. Plankett,— una voz familiar lo saludó desde detrás de una máscara plateada adornada con plumas de cisne. Era Lady Catherine Mountbatten, una de las anfitrionas más temidas de la sociedad londinense, conocida por su capacidad para convertir cualquier conversación en un duelo intelectual donde solo los más ingeniosos sobrevivían.

—Lady Mountbatten,— respondió Plankett con una reverencia que era al mismo tiempo respeto y parodia, —es un placer verla, aunque debo admitir que es terriblemente frustrante no poder contemplar la expresión de su rostro. Las máscaras nos privan del placer de leer las emociones ajenas.—

—¿Pero acaso no es esa precisamente la belleza de las máscaras?— replicó Lady Mountbatten con una sonrisa que se adivinaba detrás de la plata. —Nos obligan a escuchar las palabras en lugar de interpretar las expresiones. Es como si fuéramos actores ciegos interpretando para una audiencia sorda.—

—Una metáfora encantadora,— murmuró Plankett, —aunque me pregunto si no es más bien lo contrario: que somos una audiencia ciega escuchando a actores sordos.—

Su conversación fue interrumpida por la llegada de Lord Pemberton, que se acercó a ellos con esa desenvoltura que solo poseen los anfitriones que han aprendido a convertir la hospitalidad en una forma de arte. Llevaba una máscara roja que le daba el aspecto de un demonio benévolo, y su sonrisa sugería que había diseñado esta reunión como un experimento social cuyos resultados solo él conocía.

—¿Qué les parece mi pequeño carnaval?— preguntó con esa falsa modestia que caracteriza a los millonarios cuando hablan de sus

extravagancias. —He intentado crear un ambiente donde la sinceridad sea opcional y la elegancia obligatoria.—

—¿Y cuál es la diferencia?— preguntó Plankett con una sonrisa que era al mismo tiempo cumplido y desafío.

—La sinceridad,— respondió Lord Pemberton, —es un lujo que solo pueden permitirse los que no tienen nada que ocultar. La elegancia, por el contrario, es una necesidad para quienes tienen demasiado que revelar.—

—¿Y nosotros en cuál categoría nos encontramos?—

—En la más peligrosa de todas: la de aquellos que han aprendido a ocultar la verdad revelándola completamente.—

La orquesta comenzó a tocar un vals que parecía haber sido compuesto por un músico que hubiera decidido que la melancolía era demasiado hermosa para ser triste, y las parejas comenzaron a deslizarse por el salón con esa gracia que solo se alcanza cuando se ha perfeccionado el arte de moverse al ritmo de la música sin escucharla realmente.

Plankett observó el baile con esa mezcla de fascinación y desdén que caracteriza a quienes han aprendido a ver la vida como un espectáculo. Cada pareja era una pequeña obra de teatro, cada movimiento una línea de diálogo expresada a través del cuerpo, cada mirada una confesión que se atrevía a revelarse solo porque estaba oculta detrás de una máscara.

—¿No es extraordinario,— murmuró a Lady Mountbatten, —cómo las personas se vuelven más auténticas cuando llevan máscaras? Es como si el rostro falso les permitiera mostrar el alma verdadera.—

—¿O tal vez es lo contrario?— sugirió ella con esa perspicacia que había convertido en su especialidad. —Tal vez las máscaras nos permiten mostrar el alma falsa que llevamos oculta detrás del rostro verdadero.—

—¿Y cuál prefiere usted?—

—Prefiero la incertidumbre. Es infinitamente más interesante que cualquier verdad.—

Mientras conversaban, Plankett notó la presencia de una figura que destacaba entre la multitud por su elegancia silenciosa. Era una mujer vestida de negro, con una máscara que parecía haber sido tallada en ébano, y que se movía por el salón con esa gracia que solo poseen quienes han aprendido a convertir la soledad en una forma de distinción.

—¿Quién es esa dama?— preguntó Plankett, sintiendo esa curiosidad que solo despiertan las personas que parecen estar representando un papel que nadie más conoce.

—Ah,— respondió Lady Mountbatten con una sonrisa que sugería secretos deliciosos, —esa es la Condesa de Ravenswood. Una mujer fascinante que ha convertido el misterio en una forma de conversación.

—

—¿Misterio?—

—Nadie sabe realmente quién es. Apareció en Londres hace dos años, con una fortuna de origen inexplicable y una elegancia que sugiere una educación impecable. Pero nunca habla de su pasado, y cuando alguien le pregunta, responde con una pregunta aún más intrigante.—

Plankett sintió esa atracción irresistible que ejercen las personas que han perfeccionado el arte de ser indefinibles. Se acercó a la Condesa con esa confianza que había desarrollado a lo largo de los años, esa capacidad para convertir cualquier encuentro en una representación improvisada.

—Condesa,— dijo con una reverencia que era al mismo tiempo respeto e invitación, —¿me concedería el honor de esta pieza?—

Ella se volvió hacia él con un movimiento que parecía haber sido coreografiado por algún maestro invisible, y su sonrisa, apenas visible detrás de la máscara, sugería que había estado esperando precisamente esta invitación.

—¿Sabe usted bailar, Mr. Plankett?— preguntó con una voz que tenía esa calidad musical que solo poseen las mujeres que han aprendido a convertir cada palabra en una nota de una sinfonía personal.

—Sé representar que bailo,— respondió él con esa honestidad que solo se permite en los momentos de perfecta artificialidad. —Es casi lo mismo, pero infinitamente más interesante.—

Mientras se deslizaban por el salón al ritmo del vals, Plankett descubrió que bailar con la Condesa era como conversar con alguien que hablara un idioma que él comprendía intuitivamente pero que nunca había aprendido conscientemente. Cada movimiento era una pregunta, cada giro una respuesta, cada pausa una confesión que se atrevía a expresarse solo a través del cuerpo.

—¿Qué le parece nuestro pequeño carnaval?— preguntó ella mientras giraban en perfecta sincronía.

—Me parece la demostración más honesta de la deshonestidad humana que he presenciado jamás,— respondió él. —¿Y a usted?—

—Me parece que estamos en un teatro donde todos los actores han olvidado que están representando, y todos los espectadores han olvidado que están mirando una representación.—

—¿Y eso le parece bueno o malo?—

—Me parece inevitable. La sociedad es el único teatro donde el público y los actores son las mismas personas.—

Cuando terminó la pieza, permanecieron inmóviles en el centro del salón durante un momento que pareció eterno, como si hubieran encontrado en el baile una forma de comunicación que trascendía las palabras.

—¿Sabe usted cuál es la diferencia entre una máscara y un rostro?— preguntó la Condesa con esa sonrisa que sugería conocimientos prohibidos.

—¿Cuál?—

—La máscara oculta lo que somos, pero revela lo que queremos ser. El rostro revela lo que somos, pero oculta lo que queremos ser.—

—¿Y usted qué prefiere?—

—Prefiero la ambigüedad. Es la única honestidad que vale la pena practicar.—

Al final de la noche, cuando los invitados comenzaron a despedirse con esa melancolía que caracteriza el final de los grandes espectáculos, Plankett se encontró en el jardín contemplando la ciudad que se extendía más allá de los muros de la mansión. Londres brillaba en la distancia como un gran teatro iluminado, y él se preguntaba si alguna vez existía un momento en que las personas dejaran de actuar y comenzaran simplemente a vivir.

—¿Reflexiones nocturnas?— La voz de la Condesa lo sobresaltó suavemente.

—Reflexiones sobre la naturaleza de la representación,— respondió él sin volverse. —¿Cree usted que existe alguna diferencia entre vivir y actuar?—

—Creo que la diferencia existe solo para aquellos que no han aprendido a actuar bien.—

—¿Y los que hemos aprendido?—

—Los que hemos aprendido descubrimos que la vida es demasiado importante para ser vivida sin ensayar.—

Se volvió hacia ella con una sonrisa que era al mismo tiempo despedida y promesa. —¿Sabe usted lo que he aprendido esta noche?—

—¿Qué?—

—Que las máscaras no ocultan la verdad, sino que la revelan de una manera que el rostro desnudo nunca podría lograr.—

—¿Y eso le parece una revelación?—

—Me parece la única revelación que vale la pena tener.—

Mientras se dirigía hacia su carruaje, Plankett llevaba consigo la certeza de que había encontrado en este carnaval de vanidades no solo una confirmación de su filosofía, sino una nueva dimensión de esta. La sociedad no era el enemigo del arte, sino su más perfecto escenario. Y él, como actor supremo, había encontrado finalmente el público que merecía: una audiencia que había aprendido a aplaudir no solo la representación, sino la perfecta síntesis entre la vida y el arte.

Era, pensó mientras el carruaje se alejaba de la mansión, la única forma de inmortalidad que valía la pena buscar: convertirse en una obra de

arte tan perfecta que la distinción entre el artista y la obra desapareciera para siempre.

Capítulo 10

El Último Acto

Era la noche que nadie había anunciado, pero todos intuían.

Plankett llegó al Teatro Imperial tres horas antes de lo habitual. Eso, en sí mismo, era ya una señal: él era hombre de última hora, de transformaciones rápidas, de ese tipo de improvisación calculada que requiere años de disciplina para parecer espontánea. Tres horas antes significaba que algo había cambiado. Jimmy, el tramoyista, lo vio entrar por la puerta de servicio con el paso lento de quien lleva un peso que no es de ropa, y supo sin necesidad de preguntar que aquella noche sería diferente.

El camerino olía a lo de siempre: cera, polvos de arroz, el leve residuo metálico del maquillaje de escena. Plankett lo recorrió con la mirada antes de sentarse, como si necesitara inventariarlo, registrar cada objeto en su memoria con el cuidado de quien está a punto de dejar algo para siempre. El espejo ovalado con su marco de caoba. Los frascos ordenados por tamaño. El perchero donde colgaban dos o tres disfraces de funciones anteriores, testigos mudos de personas que él había habitado y abandonado como se abandona una ciudad que ya no tiene nada que enseñarte.

Se sentó frente al espejo y no hizo nada.

No era la inmovilidad del agotamiento ni la de la duda. Era la inmovilidad de quien ha llegado a una decisión y sabe que el siguiente paso es el definitivo, y quiere darle al momento el peso que merece antes de moverse.

El Teatro Imperial, santuario de las ilusiones bien vestidas, respiraba un aire distinto. Algo en los cortinajes parecía contener una tensión antigua, como si el terciopelo recordara cada lágrima, cada risa y cada aplauso que había sido cómplice de Plankett. Había rumores. De enfermedad, de retiro, de exilio voluntario. Pero también había algo más profundo, más ominoso: la sospecha de que la verdad se abriría paso por fin.

Plankett observaba su rostro desnudo con una curiosidad casi clínica. No era vanidad lo que lo retenía frente al espejo, sino un anhelo de reconciliación. Frente a él estaban las herramientas del artificio: pinceles, polvos, afeites. El mismo arsenal de siempre. Durante cuarenta años esas herramientas habían sido su idioma, el único en el que se sentía capaz de decir algo verdadero. Pero esa noche las miró como se miran las cartas de un juego que uno acaba de decidir no jugar más: sin hostilidad, incluso con cierta ternura, pero con la firmeza de quien ya tomó su decisión.

—Hoy no hay personaje —dijo en voz alta—. Solo el actor sin guion. Solo el alma sin maquillaje.

Su reflejo pareció asentir.

Estuvo así largo tiempo, en diálogo mudo con ese hombre del espejo que tantas veces había tomado prestado para devolverlo transformado. Pensó en el Dr. Whitmore y en aquella tarde en Harley Street, en esa paradoja que el médico le había regalado como quien entrega una llave sin decirte qué puerta abre: *solo siendo completamente falso puede usted ser completamente auténtico*. Había pasado meses rodando esa frase en la boca como un caramelo sin disolver, y recién ahora, en ese camerino silencioso tres horas antes de la función, entendía que la llave no era para abrir ninguna puerta hacia afuera. Abría una hacia adentro.

Y esa noche pensaba entrar.

Jimmy, el tramoyista, asomó la cabeza por la puerta con la misma reverencia de quien interrumpe una oración.

—Señor... es la hora.

Plankett se volvió hacia él con una sonrisa serena.

—Nunca fue la hora, Jimmy. Siempre fue el acto. Pero sí, digámoslo: llegó el momento.

Salió del camerino sin capa, sin bastón, sin acompañante. Su andar era lento pero firme, como quien marcha al cadalso con la dignidad de quien ha escrito su sentencia en verso. Los tramoyistas, los técnicos, incluso los actores secundarios se hicieron a un lado como si supieran que estaban ante una aparición irrepetible. Nadie dijo nada. Nadie le preguntó por el vestuario, por el programa, por el personaje de esa noche. Lo miraban como se mira el cielo cuando uno sabe que algo va a cambiar en él pero no sabe todavía si será tormenta o claridad.

El teatro entero aguardaba. En el palco central, Lord Ashton jugueteaba con su reloj de bolsillo con la ansiedad de un filósofo ante una revelación. Vivian Ashford, en un rincón oscuro, apretaba un pañuelo contra sus labios, sintiendo que esa noche no asistiría a una función, sino a un sacramento.

El telón se alzó, y el escenario mostró un decorado convencional: un salón eduardiano, una lámpara de araña, un canapé, una alfombra persa. Todo era lo que debía ser. Todo, excepto Plankett, que apareció sin su vestuario habitual, vestido simplemente de negro, como un doliente, como un sacerdote o como un hombre que ha decidido no mentir más.

El público contuvo la respiración. No porque sospechara un error, sino porque sentía que estaba presenciando el inicio de algo que, para bien o para mal, los marcaría.

—Damas y caballeros —dijo, sin ninguna inflexión teatral—, esta noche he decidido romper el pacto que he mantenido con ustedes durante tantos años. No representaré una comedia. No fingiré una tragedia. No

seguiré interpretando al hombre que ustedes han venido a ver. Esta noche, me verán. O eso espero.

Una risa nerviosa brotó de algún lugar de la sala. La reprimió el silencio espeso que cayó después.

—No teman —continuó Plankett—, no será largo. Ninguna verdad lo es. La mentira requiere repeticiones, decorados, tramas. La verdad apenas ocupa una oración, a veces una mirada.

Se sentó en el borde del escenario, como un profesor frente a sus alumnos más incrédulos.

—Yo fui Plankett. El bufón refinado. El hombre de las mil caras. El que los hizo reír cuando debían llorar. El que los conmovió con lágrimas que no eran suyas. ¿Les pareció conmovedor? ¿Les pareció hermoso? Me alegro. Porque detrás de cada una de esas emociones estaba el vacío más absoluto que haya sentido un hombre vivo.

Un murmullo se agitó. Algunos se removieron incómodos. Otros, fascinados, se inclinaron hacia adelante, como si no quisieran perder una sílaba.

—He vivido como un espejo. Brillando solo cuando alguien me mira. Reflejando pasiones ajenas, repitiendo emociones robadas. ¿Y saben qué es lo peor de ser un espejo? Que uno acaba por olvidar su propia forma.

Se levantó y caminó lentamente hacia el proscenio, como si cada paso fuera una renuncia, un desprendimiento de las máscaras acumuladas a lo largo de décadas.

—Hubo una vez un joven —dijo— que soñaba con ser muchos hombres. Y lo logró. Lo logró tan bien que al final ya no supo cuál era él. Quizás ninguno. Quizás todos. Y ahora, viejo, cansado, ese joven regresa solo para pedir algo sencillo: permiso para existir.

Una señora mayor comenzó a llorar discretamente. Su acompañante le tomó la mano. Nadie hablaba. Nadie se movía.

—He vendido mi alma por hacerlos reír —prosiguió—. No por cinismo. No por vanidad. Por necesidad. Porque descubrí muy pronto que no hay droga más poderosa que el aplauso. Ninguna caricia, ningún elogio, ninguna fortuna se compara al momento en que ustedes ríen y, por un instante, yo existo. Yo soy.

Se detuvo. Respiró profundamente. El telón, sin aviso, comenzó a descender. Un error, tal vez. Pero él lo detuvo con un gesto, y la maquinaria obedeció.

—El precio fue justo. Todo lo que he sido, lo he debido a esa transacción. Pero —añadió, y ahora su voz tembló por primera vez— el comprador fui yo. Yo mismo. Y me vendí muy barato.

En ese momento, la sala entera pareció ceder. Como si los muros del teatro comprendieran que lo que estaban presenciando ya no era una actuación, sino una confesión. Una expiación. El público, confundido, no

sabía si aplaudir o permanecer en el silencio reverente que se reserva a los ritos sagrados.

—No busco redención —continuó Plankett—. La redención es para los que creen en el pecado. Yo creo en el arte. Y el arte, como el amor verdadero, no redime: revela. Esta noche no me despidió. Me reconozco. No me retiro. Me descubro. No muero. Me desnudo.

Volvió a sentarse. Esta vez no al borde del escenario, sino en el centro exacto, como si eligiera ocupar, al fin, un lugar que no fuera prestado.

—Si alguna vez pensaron que me conocían —dijo, suavemente—, se equivocaban. Yo tampoco me conocí nunca. Pero si alguna vez pensaron que los amé, estaban en lo cierto. Los amé con el amor desesperado de quien no sabe amar. Con la ternura violenta de quien solo puede entregar lo que le sobra. Yo no tenía un alma. Tenía un personaje. Y aun así, los amé.

Se hizo una pausa larguísima. Luego, como si ejecutara un rito secreto, Plankett se puso de pie, se llevó las manos al rostro y, con gesto lento, como un mimo ante lo invisible, se quitó una máscara imaginaria. Su rostro, libre, era más bello en su fatiga que lo había sido nunca en el artificio.

—Gracias —dijo—. Por haberme creído. Por haberme tolerado. Por haberme visto, aun sin verme.

El telón cayó. Esta vez definitivamente.

Y entonces sí, el teatro estalló. No en aplausos ensordecedores, sino en un ovacionado silencio. Nadie se movió por varios minutos. Nadie supo si debía salir o quedarse esperando algo más. Algunos lloraban. Otros reían. Nadie sabía por qué. Pero todos sabían que habían presenciado algo más grande que una obra: una revelación.

Plankett no volvió al camerino. Pasó por el corredor lateral con el mismo paso lento de quien ya no tiene destino, solo dirección. Jimmy estaba allí, apoyado en la pared con los brazos cruzados y la expresión de quien ha esperado sin saber que esperaba. Plankett se detuvo frente a él.

—Buena noche, Jimmy.

—Buena noche, señor.

Ninguno de los dos dijo nada más. No había nada más que decir. Plankett empujó la puerta trasera y salió a la noche.

Las calles estaban mojadas. La niebla era la misma de siempre, esa niebla londinense que borraba los bordes de las cosas y hacía que todo pareciera provisional, como un boceto que aún no ha sido pasado a limpio. Plankett caminó sin abrigo, sin escolta, sin máscara. Las pocas personas que lo cruzaron no lo reconocieron o no quisieron hacerlo, y él agradeció esa última cortesía de la ciudad que tanto tiempo le había dado cobijo.

En algún punto de la caminata —no supo bien cuándo— dejó de saber hacia dónde iba. Y comprendió que eso era exactamente lo correcto.

Se perdió entre la niebla como un fantasma que finalmente ha decidido descansar.

Nunca se supo qué fue de él. Algunos dicen que murió en un hospital de provincias. Otros, que cruzó el Atlántico disfrazado de sacerdote y murió en Nueva York representando *El Mercader de Venecia* ante un público que no entendía inglés. Otros aún sostienen que nunca existió realmente, que Plankett fue una invención colectiva, un eco del spleen de su tiempo.

Pero cada tanto, en ciertos teatros antiguos, una figura aparece entre bastidores, observando en silencio, sin intervenir. Y los actores, sin saber por qué, sienten una presencia que los obliga a dar lo mejor de sí. Algunos aseguran haber escuchado una voz decir:

—Recuerda: que tu alma sea tan bella como la máscara que has elegido.

Y entonces comprenden. Y sonríen.

Porque el arte no muere. Solo cambia de disfraz.

Epílogo

El Cuadro Sin Retoque

—El alma nace vieja y se hace joven; ésa es la comedia de la vida. El cuerpo nace joven y se hace viejo; ésa es la tragedia.— — Oscar Wilde

El retrato de Plankett seguía colgado en una sala silenciosa del Club Athenaeum, como un oráculo que nadie se atrevía a consultar en voz alta, pero todos deseaban descifrar. El salón había cambiado: las alfombras eran nuevas, los sillones más modernos, y el humo de cigarro, antaño indispensable, se había convertido en un recuerdo proscrito. Pero el retrato permanecía. Imperturbable. Inmutable.

Y sin embargo, parecía distinto.

Lady Ashworth, ya centenaria y con una lucidez que desconcertaba a sus médicos, aún acudía de vez en cuando con ayuda de una enfermera. Se sentaba frente al cuadro, leía a media voz pasajes de Wilde y luego musitaba: —Él fue el primero en comprender que el alma puede maquillarse.—

Ninguno de los jóvenes socios comprendía del todo esa frase, pero todos asentían con respeto. El retrato era sagrado. No por el óleo, ni por el artista, sino por el misterio que encerraba. Plankett —el cómico divino, el bufón sagrado, el hombre sin rostro real— había logrado lo imposible: convertir su imagen en un enigma sin solución y, por ende, en una fuente inagotable de interpretación.

La sonrisa del retrato, que en otros tiempos había provocado ternura o inquietud, ahora parecía una puerta entreabierta hacia una verdad que nadie osaba tocar. Algunos decían que su expresión cambiaba con las estaciones; otros juraban que mirarlo demasiado tiempo provocaba

sueños perturbadores; no faltaba quien sostuviera que el retrato era una máscara que se miraba a sí misma.

Lord Henry Ashton, ya retirado de toda actividad pública, escribió en sus memorias:

—La grandeza de Plankett no residió en su talento, ni siquiera en su genio, sino en su negativa rotunda a ser uno. Él eligió ser todos. O lo que es lo mismo: nadie. Por eso permanece.—

Y así era. El paso de los años, que borra los nombres de los ministros, de los poetas laureados y de los actores de moda, no hizo mella en Plankett. Su desaparición física se convirtió en parte del mito. Su última función, no registrada en ninguna cinta, solo vivía en la memoria temblorosa de quienes la presenciaron. Y cada uno la recordaba de manera distinta, como si él mismo hubiera actuado de forma única para cada espectador.

Algunos decían que lloró en escena; otros, que ríó como nunca. Hubo quienes aseguraban que no habló en absoluto, que su mirada bastó para devastarlos. Ninguno mentía. Ninguno decía la verdad. Porque lo que vivieron fue algo que el teatro rara vez otorga: una epifanía. No sobre el arte, sino sobre la vida misma.

Vivian Ashford, retirada desde hacía décadas y recluida en una casa de campo rodeada de espejos, recibía cada año a un pequeño grupo de estudiantes de teatro. Les ofrecía té, les hablaba de Shakespeare y luego, inevitablemente, les enseñaba una carta amarillenta.

—Esto fue lo último que recibí de él —decía, con la voz apagada y firme—. No tiene fecha, ni firma. Solo una frase:

—Me he deshecho de mí. Por fin. Ha sido el papel más difícil.—

Los jóvenes la miraban sin entender del todo. Pero volvían a casa con una inquietud que no los abandonaba jamás. Algunos renunciaban al teatro. Otros se entregaban a él con una intensidad peligrosa. Pero todos, sin excepción, cambiaban.

El retrato de Plankett fue trasladado temporalmente a la National Portrait Gallery con motivo de una exposición titulada *Máscaras y Espejos: el rostro como artificio*. Las colas para verlo daban la vuelta a Trafalgar Square. Algunos visitantes pasaban horas frente a él, como si aguardaran que el retrato les revelara un secreto. Y en cierto modo, lo hacía.

Una joven periodista escribió en su columna:

—Nunca supe quién era Plankett. Pero al salir del museo, tampoco sabía quién era yo. Y eso, sospecho, es exactamente lo que él habría querido. —

Pasaron los años. Luego las décadas. La moda cambió. La ironía dejó paso al cinismo, luego al nihilismo, y finalmente al regreso melancólico de la belleza. Pero Plankett siguió ahí, como una constante.

Una generación de psicoanalistas lo convirtió en un caso clínico fascinante: —el sujeto que suprimió su yo real mediante la sobreproducción de máscaras.— Los filósofos lo citaron en tratados sobre identidad posmoderna. Los dramaturgos lo colocaron como personaje fantasma en obras que de otro modo carecían de alma. En una producción audaz de *Hamlet*, aparecía como el espectro del padre, recitando líneas de sus monólogos improvisados. El público no lo comprendía, pero lloraba igual.

Y sin embargo, todo eso era apenas una sombra de su legado real.

Porque Plankett, más allá de las interpretaciones, de los homenajes, de los ensayos y las tesis doctorales, había logrado una hazaña silenciosa: había sembrado la duda. No en la historia del teatro, ni en los salones de la aristocracia ilustrada, sino en cada espectador que alguna vez lo vio. Porque todos, al salir de sus funciones, se preguntaban lo mismo:

—¿Qué parte de mí acabo de ver ahí?—

No era un actor. Era un espejo. Un espejo perfecto, tallado con la sangre y el oro de sus propias renunciadas. Y al mismo tiempo, era un velo, una niebla. El misterio detrás del gesto, la verdad escondida en el artificio.

En el Club Athenaeum, el retrato fue reinstalado tras la exposición. Ahora colgaba en un salón más pequeño, íntimo, con luz tenue y alfombras insonorizadas. Algunos decían que había que entrar solo. Otros que debía uno entrar después de una pérdida, o una traición, o una noche en que ya no se creyera en nada.

Y ahí, ante la figura de Plankett, el alma encontraba una extraña compañía. No consuelo. No redención. Pero sí una comprensión tácita. Como si el hombre retratado dijera:

—Yo también. Yo también lo perdí todo. Y por eso sigo aquí.—

Nadie sabe quién fue el último en verlo. Pero se cuenta que, cierta noche, un joven actor entró sin ser socio del club. Vio el retrato. Se arrodilló ante él. Y al levantarse, su rostro había cambiado. No porque hubiera envejecido. Sino porque, por primera vez, se parecía a sí mismo.

Y entonces lo entendió. Y río. Y lloró. Como todos los que, alguna vez, comprendieron que la máscara —si se lleva con la elegancia del alma— no oculta. Revela.

—FIN